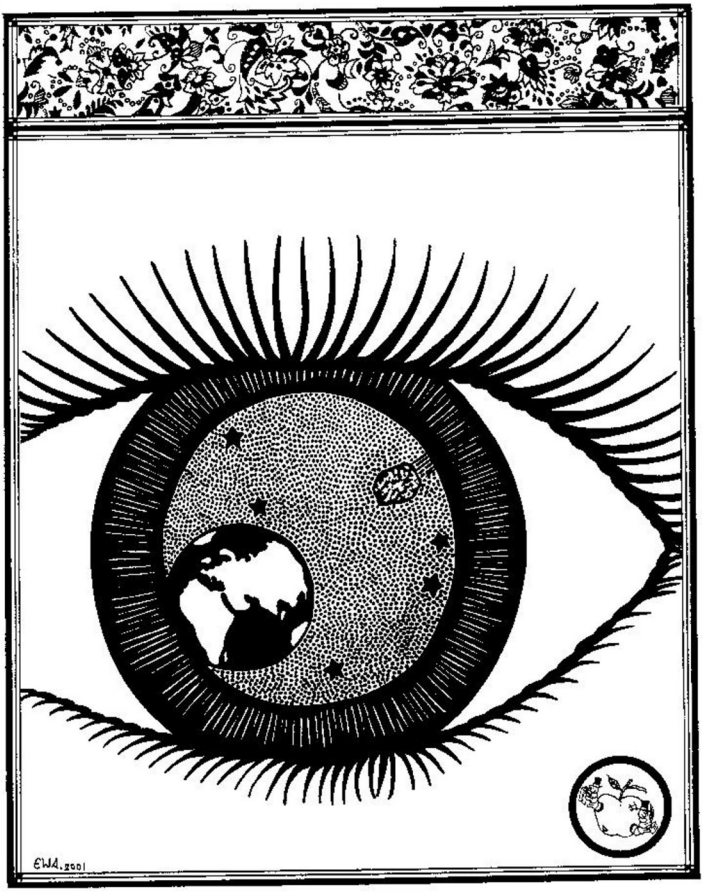
¿EL AÑO DEL FIN DEL MUNDO?



¿EL AÑO DEL FIN DEL MUNDO?

Redactores: JLM y JCJ. Nº10. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Por fin concluye el milenio, el segundo de esta era con que acostumbramos a medir el tiempo. Poco importa a estas alturas que Jesús no naciera en el año aceptado y menos aún que no sea correcta la contabilidad de los años de su vida. Poco importa, en nuestro mundo aún nominalmente cristiano –cristiano de hecho para unos pocos-, que existan en el mundo otros calendarios –más antiguos que el nuestro o con tantos seguidores como él: chino, judío, musulmán, etc.- o que el tiempo de nuestra vieja Tierra –el de nuestro aún más viejo Universo-, por más que les pese a esos ingenuos que lo creen inmutable y reciente, supere infinitamente nuestro ridículo tiempo humano. Ignoraremos, por supuesto, a los agoreros imbéciles que tratan de poner el fin del mundo a la vuelta de la esquina sólo porque les atraen los simples cambios de dígito en las cifras. Todos, incluso aquellos que se aprestaron a celebrarlo por anticipado –más por el afán mercantilista de otros que porque hubiera ningún tipo de dificultad numérica a la hora de cuantificar dos milenios-, recibimos el tercer milenio de nuestra era con una mezcla de emoción y hastío. Dispuestos a creer –soñar- que el futuro será mucho mejor que el pasado, pero convencidos –con secreto pesimismo- de que el mero cambio de una fecha no nos va a volver capaces de resolver, de la noche a la mañana, los viejos problemas que nos han agobiado durante siglos ni los nuevos que, por egoísmo y estupidez, algunos por maldad, hemos creado y aún crearemos.

No seremos nosotros los optimistas. ¿Quién puede presumir de optimismo en un mundo que antepone la riqueza de unos cuantos a la resolución de cualquier problema? Pero, ¡quién sabe! Quizá el futuro nos depare el nacimiento de un nuevo hombre un poco más racional y sensitivo que los que ahora poblamos la Tierra. Si ha de aparecer, habría que prepararle el camino. Sembrar nuestra sociedad de intenciones y, sobre todo, de obras.

Pero, aunque no optimistas, sí pretendemos realizar un viaje por nuestro tiempo, tratando de recoger muestras del bagaje

acumulado tras varios milenios de lo que llamamos civilización. Te prometemos un intenso viaje al presente que se convierte, a ojos vista, en un futuro sembrado de sueños –nuestros y de otros- que también trataremos de mostrarte. Así que, por favor, toma asiento, ponte cómodo y, si te apetece, acompáñanos en nuestro viaje hacia el tercer milenio.

EL TESTIGO

Un personaje simpático y amable
llama a mi puerta.
El testigo,
que se hace llamar de Jehová,
quiere saber de mi fe.
Me intuye descreído
y se lanza a venderme
su universo de *collage naif*.
Con buena voluntad,
con afán didáctico,
trata de ofrecerme la Luz
desde su oscuridad
que él, por supuesto, ignora.
Yo le rebato,
entre divertido y admirado
por tanta ingenuidad,
tanta simplificación de un mundo
que es, ya lo sé, imperfecto y complejo.
Envidio, en cierto modo,
su seguridad.
No siento pena,
pues parece feliz con su mundo de tebeo,
con un Dios altivo y justiciero que,
sin embargo,
describe en Su Libro todas las Verdades.
Me siento, no obstante,
más allá de su mundo de fanatismo infantil,
superior, en cierta medida.
¡Cómo es posible tanta ingenuidad,
tanta credulidad en este mundo!

Credulidad y buena fe, tantas veces juntas.
Dialogamos sin posibilidad de convicción mutua.
Ambos lo sabemos.
Se despide.
Otro día volverá para discutir
acerca de uno de sus temas trascendentes.
¡Qué fácil es convertir la propia ignorancia
en arcana sabiduría!
Basta con confiar en las páginas
Inspiradas por su Yahvé
para encontrar paz y seguridad de espíritu.
Lo respeto.
Me admiro de su increíble fe.
Pero su situación no me parece deseable.
No es una duda;
tan sólo un pensamiento curioso cruza mi mente:
Juan Luis –me digo-, ¡mira que si tiene razón
y tú te condenas en su Fuego Eterno!
¡Qué más da! También su Paraíso
sería tu propio Infierno.

Juan Luis Monedero

Hito: LA SUPERPOBLACIÓN

Miles de años de "civilización" y en estas seguimos. Medio mundo muerto de hambre y preocupado por el exceso de población y el otro medio preocupado por la escasa natalidad o por las pérfidas intenciones de los ateos contrarios al bíblico mandamiento o tradicional costumbre: creced y multiplicaos. Estos últimos se escudan en el dichoso Dios proveerá o en el irracional –y recurrente- las cosas siempre han sido así –como si aquello justificara la estupidez humana de no saber cambiar. Pero al medio mundo superpoblado de poco le sirven todas esas ideas trasnochadas. O controlamos la natalidad –la del planeta globalmente- o nos iremos todos al carajo. Es una simple cuestión de recursos, no de religiones, tradición o capitalismo globalizante. Si seguimos así, más pronto que tarde, no habrá recursos para todos y terminaremos de gastar los pocos que le quedan al planeta. Después, control de natalidad obligado y natural. Natalidad y

mortalidad se equilibrarán por sí solas. Triste consuelo el del macabro equilibrio de la muerte.

Difícil solución: incluso aquellos países, como China, que han tratado de reducir la natalidad, se han encontrado con que la cosa no es tan fácil. Y otros, aquí en Europa, preocupados porque la población envejece. Es un problema económico, de pensiones, pero no de recursos. Difícil encontrar el justo equilibrio del recambio generacional.

Lo dicho. Por defecto o por exceso. Todos en el mismo barco (nada significan las fronteras si los recursos se acaban) y muy difícil solución. ¿Hasta cuando seguiremos multiplicándonos exponencialmente a costa del planeta?

EL MUNDO

1)Lo que tú crees que es el mundo
2)Lo que tú piensas que es el mundo
3)Lo que tú quisieras que el mundo fuera
4)Lo que es el mundo

(1+2)*3=4

¿Ya no vais a cambiar el mundo? Aunque no queráis eso sucederá, vosotros cambiaréis y el mundo también, porque de lo que está hecho el mundo es de vosotros, cada vez que das un paso a la izquierda o a la derecha algo se mueve contigo, ya no eres consciente de ello y eso es un derroche enorme de tu vida.

Pero, pensándolo mejor, ¿qué ganas cambiando el mundo? (para bien se supone) ¿que te sientes mejor? ¿que piensas que eres muy bueno? Ese es el tipo de masturbación espiritual que busca cualquier idealista de pocas intenciones, tal vez esa sea una parte y no trato de daros ninguna charla moral al respecto, porque además de inútil me parece frívolo.

Lo que de verdad ganáis cambiando el mundo es a vosotros mismos, vuestra identidad, porque tú, trozo de carne mezclado entre huesos y alma no debes preguntarte de dónde vienes para definirte, pues tú eres el que hizo y el que hace, todo lo demás que tú seas da igual, no es más que televisión, nacionalidad, jornada laboral, genética y fobias o filias sexuales.

Un hombre se define por sus obras y sólo por sus obras

Esto, por otro lado, no es un consejo, me da igual que lo hagáis o no, es simplemente un hecho y no está de más recordarlo. Pues todos esos mundos de cada uno son sólo vuestros y en ellos viviréis siempre, yo viviré en el mío. Por cierto, ¿os he dicho que la vida es subjetiva hasta que desaparece?

Juan Carlos Jiménez Moreno

"MILENIUM"

Muchos años después del claro luminar de soles y de estrellas, después que el universo todo adquiriera confines infinitos, henos aquí, en la misma encrucijada.

Muchos años después, perdido el paraíso y triunfante la soberbia, después que aquel diluvio anegó las tierras y que el azufre calcinó el valle de la Gehena, henos aquí, en la misma encrucijada.

Muchos años después de fervorosas adoraciones a reliquias benditas en áureos relicarios, ornados de preciosas gemas, después de fanáticas guerras e intolerantes hogueras, henos aquí, en la misma encrucijada.

Muchos años después de ruidos de sables y revoluciones que dieron marcha atrás, después de represivas dictaduras y tantas ideologías llamadas al fracaso, henos aquí, en la misma encrucijada.

Y poco después de la desintegración del átomo de uranio, la carrera espacial, impensables logros científicos, clonaciones y mapas de genomas, increíbles avances tecnológicos desde aquel Microchip INTEL 4004 a la Nanotecnología de hoy en día, henos aquí, en la misma encrucijada de hambrunas, cataclismos y epidemias, calamidades, guerras y otras plagas. Iglesias que llaman virtud al pecado y lo bendicen. Políticos que llaman verdad a sus mentiras. Plutócratas que llaman negocio al pelotazo. Empresarios que llaman empleados a sus nuevos esclavos que malpagan. ONGs que llaman solidaridad a bienes ajenos con que se lucran y atesoran. Terroristas que llaman patriotas a crueles atentados que celebran… Henos aquí, en la misma encrucijada, en el inicio que llaman del tercer milenio de esta civilización occidental caduca.

Martín's

SATURACIÓN

Su carrera estaba completamente arruinada. Sin posibilidad de solución.

¡Y pensar que habían sido tan sólo tres semanas!

Ataulfo Broadignac era psicólogo. No era brillante, aunque ante sus colegas tal era la imagen que había cultivado con éxito. Pertenecía a la moderna escuela de la socialización constructivista conductual. En los últimos seis años había publicado siete artículos científicos en revistas de riguroso prestigio así como una monografía titulada "Neurosis patológicas en trabajadores subterráneos y subacuáticos", la cual le había proporcionado un importante premio académico –con consecuencias monetarias, se sobreentiende-. Finalmente, y de cara al público, había editado recientemente una obra de carácter introductorio y divulgativo bajo el título " Constructivismo conductual para no iniciados", cuyo calado popular, todo hay que decirlo, había sido más bien escaso –al igual que la remuneración pecuniaria consecuente-. Ataulfo era, por tanto, un psicólogo de éxito en el círculo científico en que desarrollaba su labor. Conocido y respetado por todos sus colegas –hasta por sus más encarnizados rivales intelectuales- gozaba de una posición académica eminente y una desahogada situación económica. Desde hacía ocho años había podido, incluso, abandonar las clases que tanto tiempo sustraían de sus preciosos estudios teórico-prácticos. Y con cincuenta y cuatro años de edad todavía le quedaba un bonito futuro profesional y académico por delante. O eso era, cuando menos, lo que su optimismo le hacía pensar.

Un erudito de nuestros días, sea psicólogo, lingüista, físico o analista de sistemas, debe dedicar buena parte de su tiempo a mantenerse al día de las numerosas novedades científicas de su especialidad. Cualquier estudioso que se precie debe, por tanto, renunciar a ciertas diversiones y recabar tanto tiempo como sea posible para su actualización, de cara a que su investigación no quede desfasada. Pues bien, Ataulfo Broadignac, quien durante tanto tiempo fue figura puntera de su especialidad, quedó tristemente anticuado, aunque no por voluntad propia.

¡Y pensar que fueron tan sólo tres semanas!

La jornada de trabajo de Ataulfo era tan apretada como la de cualquier ejecutivo de éxito. Quizá un poco menos estresante. Aunque la falta de tiempo era igual de angustiosa que para el ejecutivo, de sus

decisiones, al menos, no dependían pérdidas o ganancias millonarias. Un psicólogo de la élite intelectual, como él se creía, no tenía otro remedio que mantener una agenda sin huecos ni descansos.

Todas las mañanas, desde bien temprano, Ataulfo se conectaba a la red de ordenadores para descargar toda la nueva información de sus temas preferidos. Su buscador tenía perfectamente delimitados cuáles eran esos temas de incuestionable interés para el psicólogo. Cada mañana, en su monitor aparecía una ristra de entradas que se correspondían con otros tantos nuevos artículos científicos y monografías relacionados con su especialidad. Ataulfo se leía por encima los extractos de cada uno de ellos y, posteriormente, decidía cuáles de aquellos artículos debía bajar al ordenador para repasarlos con más tranquilidad. Los días normales solía leerse entre una y dos docenas de densos artículos. Los días descansados, correspondientes a fiestas y temporada de verano, solían ser diez o doce. Rara vez eran menos. En los días de mayor agobio, coincidentes con los finales de curso académico en los que muchos investigadores defendían sus tesis doctorales, la cifra podía alcanzar los treinta o cuarenta ejemplares. Como Ataulfo podía leer con aprovechamiento todo lo más unos veinte artículos, y eso dejando sin hacer muchas otras de sus labores, debía distribuir su tiempo con la mayor precisión e inteligencia posibles.

La lectura solía llevarle toda la mañana y buena parte de la tarde. Una simple parada para comer y retornaba a sus labores. Luego, si el día había sido bueno, le podían quedar una o dos horas para avanzar en sus propias investigaciones. Una hora de las anteriores podía ser utilizada, si era necesario, para recuperar alguna tarea atrasada y, finalmente, le quedaba poco más de media hora para redactar alguno de sus trabajos pendientes. A Ataulfo no le sobraba tiempo para ningún tipo de diversión. Cada segundo era para él precioso e insustituible.

Y, cuando menos, su rutina actual le permitía dedicarse a la investigación. Ocho años atrás, cuando todavía se dedicaba a la docencia como fuente básica de ingresos, carecía por completo de tiempo para otra cosa que no fuera la revisión bibliográfica. Dedicar dos horas y media a sí mismo y sus investigaciones era una frivolidad que ni siquiera podía pasar por su mente. No es raro, por tanto, que en sus tiempos de profesor –casi veinte años- sólo publicara siete concisos

artículos, de los cuales cinco fueron escritos en los diez primeros años de docencia. Esta distribución, por sí misma, era una clara muestra de la enorme aceleración que había sufrido la investigación en psicología durante los últimos tiempos. Menos artículos escritos significaban, tan sólo, que Ataulfo había dispuesto de menos tiempo para realizar sus investigaciones y redactar sus conclusiones. Por eso Ataulfo debía considerarse afortunado, ya que había podido prescindir de las clases y dedicarse por entero a la investigación.

En cierto sentido, puede decirse que Ataulfo Broadignac era feliz con aquella vida. Bien es cierto que no tenía familia, ni hijos, ni aficiones. Pero se trataba de una simple cuestión de prioridades. Si Ataulfo había podido dedicar su tiempo a cultivar su única vocación verdadera, bien podía decirse que el psicólogo debía considerarse un hombre afortunado. Si le hubieran preguntado, Ataulfo se habría confesado un hombre feliz. Aunque sólo hasta que llegaron aquellas fatídicas tres semanas.

Las tres semanas se tradujeron en una simple gripe. Aunque, en realidad, salvo el nombre bien poco tuvo aquella gripe de simple. Para empezar, fue la primera capaz de retirar a Ataulfo momentáneamente de la circulación. Lo dejó postrado en cama con una fiebre terrible y una rigidez que lo inmovilizaba. Desde su lecho, fue capaz de llamar al médico con un hilo de voz. Lo hizo el segundo día de malestar pues el primero, bien que mal, se negó a abandonar sus tareas y se mantuvo trabajando hasta que cayó rendido.

El doctor no se anduvo con chiquitas. Pidió una ambulancia y lo ingresó en el hospital. Ataulfo quiso oponerse, pero no tuvo fuerzas, además de que los argumentos del galeno acerca del riesgo cierto de morir eran más bien amedrentadores. Ataulfo pasó una semana en la cama del hospital sometido a un tratamiento antivírico de dudosa eficacia y tomando varios antibióticos en previsión de que no sucediera lo que inevitablemente ocurrió. Cuando la fiebre y el malestar de la tremenda gripe habían decidido abandonarlo, se le presentó la complicación de una neumonía, dispuesta a rematar la faena que la gripe no había podido concluir sobre su maltrecha salud. La dichosa neumonía, debida, según le dijeron, a una infección hospitalaria, lo tuvo al borde de la muerte durante seis días. Después empezó a remitir y Ataulfo necesitó de otra semana para medio reponerse y recibir el alta que le permitió volver a casa.

Entonces fue cuando Ataulfo se dio cuenta de la terrible realidad. De la realidad profesional, no la de su salud física. Pues, aunque durante su larga convalecencia Ataulfo sintió como una espina el dolor de no poder proseguir sus estudios, estaba tan maltrecho que no era muy consciente de lo que le esperaba al retomarlos.

Su salud aún seguía muy quebrantada y apenas si tenía fuerzas para levantarse y menos aún para realizar el más mínimo esfuerzo. No obstante lo cual, Ataulfo se obligó a sentarse delante de su ordenador, conectarse a la red y solicitar una sencilla información: quería tener acceso a los artículos de su especialidad publicados durante las últimas tres semanas. Esperó unos segundos y ante él apareció una lista que, desgraciadamente, no concluía al final de la pantalla sino que ocupaba quince pantallas de ordenador completas. El impacto de aquella revelación fue casi tan fuerte como la acción de los millones de virus y bacterias que habían tomado posesión de su cuerpo.

Con un sudor frío deslizándose ya por su nuca y sus sienes, Ataulfo se entretuvo en realizar un recuento del número de publicaciones: cuatrocientas catorce. Lógico. No era necesario que esas tres semanas hubieran correspondido a los días de mayor número de publicaciones –que no lo eran-, con una media de apenas veinte artículos por día –un número no ya sólo normal sino incluso bajo- la suma alcanzaba el terrible total de cuatrocientos y pico artículos por leer. ¡Cuatrocientos artículos de retraso en su actualización diaria! Aunque pudiera seleccionar sólo los imprescindibles y desechar todos los demás, estaba seguro de que habría, cuando menos, doscientos artículos de lectura inexcusable para seguir en la órbita de los especialistas punteros. Aquello era demasiado para el aún convaleciente Ataulfo. Porque no sólo debía pensar en el retraso acumulado. Su frágil recuperación no le permitía muchas alegrías. Estaba agotado con sólo haberse levantado a encender el ordenador. ¿Cuánto tiempo sería capaz de mantenerse ante el ordenador con aprovechamiento? No era cuestión de leer por encima los artículos. Primero debía seleccionarlos y luego leerlos con detenimiento, comprenderlos y quedarse con los datos importantes. Y no se veía capaz de hacerlo.

Armado de paciencia y valor, se dedicó a iniciar la selección. Tras leer los extractos de treinta y cuatro artículos –de los cuales había decidido que catorce eran de obligada lectura- sentía un tan terrible dolor de cabeza que, pese a sus esfuerzos, no tuvo otro

remedio que irse a la cama –arrastrarse hasta ella, sería una expresión más propia-, acostarse y cerrar los ojos hasta que pasó el tremendo martillear en la frente. Luego, sin quererlo, se durmió.

Poco a poco, Ataulfo fue recuperando la salud y las energías. Pero la total recuperación fue lenta y trabajosa. Y, coincidiendo con ella, aumentaba su desánimo. Día tras día, Ataulfo se obligaba a volver ante el ordenador y sus reseñas atrasadas, a las que debía añadir las del presente día. En detrimento de su salud, permanecía todo el tiempo posible leyendo. Hasta que las frases se le hacían borrosas e ininteligibles y, sabiendo que su cerebro era incapaz de almacenar más información y que su cuerpo estaba agotado, se tenía que acostar con dolor de cabeza. Sólo se levantaba para comer y atender necesidades fisiológicas.

Es muy posible que aquel sobreesfuerzo retrasase su recuperación. Pero, ¿qué podía hacer? Día tras día se daba cuenta de que el sueño de su vida, la investigación a la que había dedicado todo su tiempo, se iba alejando poco a poco, escapándosele entre los dedos.

Porque, a qué engañarse, Ataulfo era muy consciente de la situación. Aunque se negaba a perder la esperanza sabía, desde casi un principio, que aquella inoportuna enfermedad podía suponer el final de su carrera como investigador. Mientras estuvo enfermo, se negó a pensar en ello, manteniendo la esperanza de que la enfermedad fuera breve y la pérdida de tiempo recuperable. Luego, ya en su casa pero tan débil como antes, trató de aferrarse a la idea de que un esfuerzo sobrehumano podía devolverle a la esperanza. Pero, para cuando la completa recuperación fue un hecho, Ataulfo no tuvo otro remedio que aceptar la realidad. Después de meditarlo, de poco servía retrasar por más tiempo la asunción de lo inevitable.

Contando la larga convalecencia en su propia casa, la larga enfermedad se había prolongado por más de cinco semanas. Aunque durante los últimos días había ido incrementando su ritmo de trabajo, el panorama era desolador. En dos semanas sólo había tenido tiempo de filtrar las quinientas sesenta y cinco reseñas de artículos de interés. Había decidido que doscientos tres de ellos eran de inexcusable lectura para estar al día de la investigación psicológica relacionada con sus estudios. No había tenido tiempo de leer ninguno y, por tanto, acumulaba un retraso de nada menos que doscientos tres artículos por leer. En esas condiciones, no podría actualizar su información en años.

Aun siendo optimista, y dedicando todo su tiempo a leer los viejos artículos, tardaría casi tres semanas en ponerse al día. Ya no era joven y le costaba más trabajo que antes asimilar la información y, lo que es más importante, aquel trabajo le llevaba más tiempo que en el pasado. Al cabo de esas tres semanas habría acumulado un nuevo retraso de unos doce días, correspondiente a los nuevos artículos en la red y, para cuando los leyera, aún tendría un retraso de diez días que, para remate, iban a ser los peores del año, los correspondientes al final de junio, lo que suponía acumular un mayor retraso dado el mayor volumen de artículos.

En fin que, según sus cálculos más optimistas, no terminaría de ponerse al día hasta dentro de casi un año, digamos que para finales del mes de abril del año siguiente.

Y, si esto de por sí ya era bastante malo, no era ni con mucho la pero de las noticias. Su enfermedad había consumido mucho dinero. Buena parte de lo que tenía ahorrado, y que le había permitido abandonar la docencia, había volado para pagar la cuenta del hospital y el tratamiento, así como la asistencia recibida durante la convalecencia en su propia casa. Incluso había tenido que hacer líquidas algunas inversiones, y no precisamente en el mejor momento. ¡Si por lo menos su libro se hubiera vendido bien! Pero no era el caso. Sus beneficios, por llamarlos de algún modo, eran ridículamente escasos.

Y la preocupante situación económica, por más que le pesase admitirlo, significaba una consecuencia que consideraba desastrosa. Como la investigación, particularmente para alguien que ni investiga ni publica ni, por tanto, puede aspirar a obtener subvenciones, no suele dar beneficios económicos, Ataulfo se iba a ver en las últimas –monetariamente hablando- antes de poderse actualizar. Lo cual le empujaba en una única dirección: si no quería arruinarse debía retornar a la docencia, la única profesión remunerada que conocía. Y ése, si no la dificultad para actualizar sus datos, sería el final de su carrera como investigador.

Pensándolo fríamente, no había ninguna duda de ello. Como bien había comprendido, ya no era joven. Si en total ausencia de otras responsabilidades, la actualización le llevaría un año, obligado a dar clases el tiempo se multiplicaría hasta el infinito. Viendo sus cuentas, estaba claro que no podría mantenerse hasta más allá del mes de noviembre. Para entonces estaría arruinado. Si hubiera publicado un

par de artículos le habrían renovado la subvención estatal. Pero la publicación era, hoy por hoy, imposible. Si quería ganarse un sueldo debía incorporarse, por tanto, a la facultad después del verano. Nadie le pondría pega alguna, puesto que disfrutaba de una excedencia por tiempo indefinido. Pero sabía positivamente que el retorno a las aulas sería el fin de sus investigaciones. Ataulfo se rió de sus propios razonamientos, más bien por no llorar. No dejaba de ser curioso que se pudiera emplear la expresión "positivamente" para algo tan negativo como la muerte de sus sueños.

Y lo más triste era que no le cabía ninguna duda de que así había de ser. Podría haberse jubilado anticipadamente, pero, en realidad, aún no tenía derecho a una pensión. Como otros investigadores, había trabajado durante años sin cotizar y ahora no había acumulado los derechos de otros trabajadores. Si le dejaban jubilarse, le darían una retribución tan irrisoria que no le permitiría mantener sus investigaciones: con comer y pagar los gastos habituales de la casa podría darse por satisfecho. La cuenta telefónica que pagaba por la red, pese a la reciente tarifa plana, era considerablemente abultada.

Fríamente, no cabía lugar a la esperanza. Si al menos hubiera sido joven. Quizá le habría bastado con tener ocho años menos. De joven habría sido capaz, como en su día lo fue y como aún lo eran los estudiantes deseosos de labrarse un porvenir, de realizar su trabajo y encontrar tiempo y fuerzas para recuperar poco a poco el retraso acumulado. Pero no era joven. Y, además, había olvidado buena parte de los temarios que debería exponer a sus alumnos. Si tuviera ocho años menos y no hubiera abandonado la docencia, no tendría que repasar las clases. Pero, por si sus problemas fueran pocos, hacía ocho años que no daba clases y también en ese sentido debía actualizar su información. Actualizar sus clases para poder trabajar y poder actualizar sus artículos para retomar sus investigaciones. Era demasiado para un hombre de cincuenta y cuatro años, por más vitalidad que creyera tener.

Estaba claro que, pese a sus esfuerzos, nunca más en la vida iba a ser capaz de ponerse al día dentro de su campo para volver a investigar y publicar. Como, pese a la razón, es muy difícil abandonar los sueños a cambio de los argumentos, Ataulfo aún se aferró con inquebrantable voluntad a la posibilidad de adelantar su actualización.

Pero como vio peligrar nuevamente su salud a causa del agotamiento y no alcanzó resultados positivos, no tuvo otro remedio que abandonar, antes de que el médico volviera a decretar su ingreso en el hospital.

Una vez rendido y resignado, todo fue más llevadero para el bueno de Broadignac. Anunció en la facultad su deseo de regresar y, como hombre medio célebre que era en su mundillo, fue recibido con los brazos abiertos. Preparó sus clases, con temas anticuados antes de ser escritos y entresacados de sencillas revisiones y resúmenes. En octubre volvió a la docencia y en poco tiempo recuperó el monótono ritmo de una vida gris. Años más tarde, con sesenta y siete recién cumplidos, Ataulfo Broadignac decidió que ya podía jubilarse. La pensión que le quedó resultó bastante digna y al bueno de Ataulfo ya no se le pasó por la cabeza la idea de ponerse a recuperar el tiempo perdido. Si no pudo recuperar tres semanas, mal iba a recuperar trece años. De modo que buscó otras aficiones y distracciones. Entre ellas, dedicó una buena cantidad de tiempo a la numismática, un pasatiempo en el que, gracias al dinero de plástico y las numerosas unificaciones monetarias, resultaba mucho más difícil quedar desfasado que en el acelerado mundo de la ciencia y la investigación.

Eso sí, cuando alguien quería escucharle, no desaprovechaba la ocasión para relatar aquellos brillantes tiempos en los que era un psicólogo de la élite mundial y sus trabajos eran respetados por los más grandes científicos de su especialidad. Y, sin alzar la voz, cuando sus oyentes ya habían desaparecido, solía repetirse para sus adentros que sólo una simple e inoportuna enfermedad había bastado para retirarle de aquella trabajosa vida soñada.

¡Y pensar que, después de todo, habían sido tan sólo tres semanas!

Juan Luis Monedero Rodrigo

MAÑANA ¿SERÁ OTRO DÍA?

Se lo dedico a mi abuelo que siempre confió en mí

I

Hubo un tiempo en España en que muchos niños y jóvenes vieron interrumpidos sus estudios a causa de la guerra civil.

La meta principal en aquellos tiempos era salir adelante. Con gran esfuerzo estos muchachos se hicieron adultos, se convirtieron en hombres que trabajaron muy duro, para que no faltase el pan en la

mesa y mujeres que se desvivieron por su marido, sus hijos y sus casas, olvidándose de los demás.

Todos ellos desearon dar a sus hijos la buena educación que no pudieron recibir.

Algunas de estas personas ni siquiera sabían leer ni escribir y durante mucho tiempo utilizaron sus horas de descanso en clases nocturnas intentando recuperar el tiempo perdido. Muchos lo consiguieron y hoy se sienten felices. Es un gran alivio poder leer una carta en la intimidad sin ayuda de nadie; escribir a los seres queridos que están lejos y deleitarse por la noche con un buen libro hasta que el sueño se apodera de ellos…

II

…pero un día se despertaron, salieron a la calle y cuando fueron a leer los anuncios no los entendían.

Los cigarros tenían que tener puro sabor americano, las colonias eran "FOR MAN" o "FOR WOMAN" y ¿qué era eso del "AIRBAG" en los coches?

¿Por qué después de tanto tiempo de luchas con las cifras y las letras para comprenderlas, otra vez dejaban de tener sentido?

Desesperados, llegaron a sus casas y sus hijos los vieron tan abatidos que los invitaron a comer fuera. En el restaurante cogieron animados la carta pero cuando empezaron a leerla tampoco entendían nada.

Todo era algo con "BURGER". "BURGER WITH CHEESE", "BURGER AND BACON"…, etc.

Pidieron al camarero algo sencillo y él apuntó en su cuadernillo 2 "FISH AND CHIPS". El camarero de vuelta trajo pescaíto frito con patatas para ellos y a sus hijos una especie de filetes rusos. ¿Se estaban volviendo locos o sus hijos y el camarero les estaban tomando el pelo?…

III

…pensaron que era un mal día. Lo mejor sería ver un rato la televisión e irse pronto a la cama. Volvieron a salir anuncios pero, ante su sorpresa, tampoco los entendían. Unos eran en francés, otros en italiano y muchos en inglés. Cambiaron de canal y encontraron películas que tampoco comprendían aunque ponían letras pequeñas bajo la pantalla. Algunos se fueron a dormir porque ya no podían leer esas letras tan pequeñas. Otros cogieron las gafas y con gran alegría

descubrieron que esas sí las conocían pero cuando intentaban leerlas iban tan deprisa que no podían seguir la película.

Así que se fueron a dormir pensando que todo era una pesadilla y que mañana sería otro día…

Alicia Maroto Beneyto

EL RINCÓN ÉTICO

Hoy en día estamos preocupados por lo que ganamos, qué tipo de coche tenemos y hasta la marca de cigarrillos que fumamos. Pero no nos importa que ciertos asesinos por ser menores de edad queden libres por la calle, que lo que comemos verdaderamente llegue a ser comida basura ,aún peor veneno, ejemplo: " vacas locas".

Tampoco nos importa demasiado la cantidad de enfermedades mentales que causa nuestro estupendo modo de vida que no sé quien "diablos" y perdón por la palabra, lo ha inventado.

¿Verdaderamente hay alguien un poco feliz en nuestra era?, unos porque no tienen que comer (países tercermundistas). Otros porque se complican excesivamente la vida (países desarrollados), a los que llamamos países de la libertad y hemos sustituido la esclavitud física por la material.

A todas horas competimos, pero no solamente en el trabajo o en los estudios, incluso con la familia y amigos. Las palabras amistad y pareja pierden totalmente su significado y encontramos gente que en vez de casarse con alguien parece que se casa contra alguien. Muchas relaciones humanas no se basan en vínculos afectivos sino de dependencia, se va con alguien porque se puede sacar algo, preferiblemente material, de esa persona. Por lo que la mayoría de relaciones concluyen siendo insatisfactorias y generando soledad y problemas.

¿En qué se valora hoy día la vida humana?, parece que es un pecado tener hijos, es más importante la titulitis y el prestigio profesional y social que la propia supervivencia de la especie, aunque como todo se basa en el trabajo, siendo menos importante la familia, que no olvidemos es el núcleo fundamental de la sociedad. Los hijos quedan relegados a segundo plano después del piso, el vídeo, las juergas nocturnas….

Y el amor ¿en qué lugar relegamos esa palabra tan misteriosa para nosotros?, en el último efectivamente.

Se ha sustituido el amor por el capricho o el deseo, manejamos a las personas igual que a los objetos que deseamos, adquirimos y sustituimos a lo largo de nuestra vida. Los chicos piden una rubia teñida que vista de marca, que conduzca un coche X, que fume marca J, mida un metro Z, use una noventa y cinco de talla (imaginemos de que no de cerebro efectivamente), sea una fiera sexualmente y sobretodo tenga pelas y un buen título universitario.

Les importa una puñeta que sea más fea que un pié, más mala que un dolor de muelas, que tenga el cerebro de un conguito o que esté más zumbada que las maracas de Machín. El equivalente en el gusto femenino es el mismo exactamente: hombre con pelas, con coche chachi, que vista , fume y beba a la moda, que sea una fiera sexual….etc, aunque la única distinción es que ellas los prefieren morenos. Es uno de aquellos expedientes x que nunca he podido entender, porque a ellas se las prefiere rubia teñida (me refiero a España claro está, donde la mujer latina por naturaleza es morena) y ellas los prefieren morenos. Pero como la moda está en cambiar si encuentran otra oxigenada o maromo más acorde con los nuevos tiempos que corren, es como el detergente ¿por qué no probarlo? Y claro hay que probarlas/los de todos los colores tamaños, denominaciones de origen y cuando se cansan por qué no probar con personas del mismo sexo, a lo mejor da más gustito.

Creo que con la llegada del nuevo milenio y por lo que nos toca, deberíamos cambiar un poco nuestro comportamiento hacia la vida y dar mucha más importancia de la que se da a eso que llamamos alma, y a todas las cosas naturales que nos hacen ser lo que somos sin complementos añadidos. Y termino con dos preguntas ¿el dinero solo da la felicidad?, ¿si todo funciona tan bien por qué la depresión es la enfermedad más abundante en el siglo 21?. Reflexionemos sobre todo esto.

Paloma Monedero

¿DE QUÉ NOS REIREMOS EN EL SIGLO XXI?

¿De qué nos reiremos en el siglo XXI? Temo ser pesimista en ese sentido, pero creo que la gente se seguirá riendo de lo mismo. No pretendo ser original pero creo que el sentido del humor no ha cambiado mucho desde la época de las cavernas. Quizá al principio de los tiempos prehistóricos la risa consistía en sentir que alguien te

hiciese cosquillas, esto hacía sentir bien al animal que llevamos dentro y le ponía de buen humor. Es el primer paso que anduvo el ser humano hasta el concepto de sentido del humor. La risa es un concepto de felicidad sana e instantánea, la sonrisa franca es una felicidad más sutil pero ambas van unidas a lo que llamamos sentido del humor.

En el siglo XX el sentido del humor ha abarcado todas las gamas de color: humor verde, humor amarillo, humor negro… Ha ignorado de forma a veces franca, a veces sutil las tiranías religiosas o políticas y se ha reído de todo lo humano, lo divino, lo animal, lo natural, lo extraterrestre y lo paranormal.

También se ha llamado sentido del humor a lo sarcástico, irónico, socarrón, irreverente, provocador y transgresor. Quizá este sea el último estadio del sentido del humor, el sentido del humor adulto, muy diferente al sentido del humor primitivo, infantil e ingenuo.

¿Qué podría cambiar en el siglo XXI? Quizá aparezcan nuevos temas, o numerosos medios de comunicación para transmitir el sentido del humor a más lugares en menos tiempo. O quizá se cuenten chistes fuera de la galaxia en idioma extraterrestre, pero la esencia del sentido del humor, de la risa y la sonrisa seguirá siendo la misma: reírse de los otros y de uno mismo.

En el siglo XX se ha descubierto que tener un buen sentido del humor es sano para el ego y la salud tanto mental como corporal. Quizá la diferencia se encuentre en aprender a reírse de uno mismo tan fácilmente como lo hacemos de los demás y a hacerlo de la forma adecuada.

Quizá en el siglo XXI se enseñe a los niños en la escuela que la risa sardónica, irónica, socarrona, corrosiva y cruel que copian de los mayores puede herir. Esta risa se basa en la envidia, la competencia, el orgullo, la inquina y el odio del mundo de los adultos.

Esa risa no puede ser ni natural ni feliz. Está más cerca de la venganza, el "mal humor" y lo que vulgarmente se llama "mala leche".

El buen humor, el buen sentido del humor, se entiende, es reírse de todos un poco pero con cariño, sin ofensa, con risa compartida, compasiva, respetuosa, infantil, natural y franca. Y también de uno mismo, porque nadie, absolutamente nadie es perfecto y todos, absolutamente todos, podemos ser motivo y

candidatos para desarrollar el buen humor ajeno. El sentido del humor bien entendido, ahora y en el siglo XXI, por supuesto.

Inma Rodrigo

Hito: LAS GUERRAS

Somos unos tipos la mar de civilizados. ¡Cuánto nos gusta pensar que es así! Pero es difícil mantener tal afirmación, salvo que pensemos que la violencia es parte de nuestra cacareada civilización y no estorba en absoluto, por tanto, para su consecución.

Por desgracia somos unos tipos la mar de modernos y, cuando nos enzarzamos en nuestras ridículas discusiones heredadas de los tiempos tribales, aquellas en las que pugnamos por conseguir algún recurso, es frecuente que no podamos evitar llegar a las manos. Sólo que ahora no peleamos con las manos. Nuestras manos empuñan terribles armas de fuego, o los mandos de mortíferas y sofisticadas máquinas de guerra que desde el suelo, el mar o el aire traen la más terrible destrucción. O peor aún, nuestras manos no empuñan nada y se limitan a extender los dedos en pos de un sencillo botón que, al ser pulsado, provocará la más completa de las destrucciones que nuestro pequeño planeta y nuestra pequeña civilización hayan conocido jamás.

Quizá somos la mar de modernos porque pensamos que hemos racionalizado la causa de nuestras guerras. Ahora explicamos el porqué de las guerras. Aunque algunos todavía aluden a las importantes razones de estado y la protección de la patria frente al siempre animalesco enemigo, siempre hay alguien por ahí cerca dispuesto a racionalizar las motivaciones.

Ahora sabemos que pueden haber guerras de religión, guerras nacionalistas, guerras étnicas, guerras económicas por la obtención de un recurso, guerras de venganza. Guerras como las de siempre. Guerras al fin y al cabo. Ahora, somos tan modernos, que pensamos que quizá en el futuro, en este siglo XXI que llama a nuestra puerta, quizá tengamos guerras nucleares tercermundistas entre países que anteponen las patrias a la nutrición de sus famélicos pobladores.

Somos tan listos que hasta nos atrevemos a predecir cuáles serán las causas de las guerras futuras. Guerras de superpoblación, guerras por el agua, guerras por salir de la pobreza.

¡Qué pobres imbéciles somos! Ojalá pudiéramos predecir la manera de evitar las guerras. Entretanto, seguimos siendo los mismos

simios primitivos que llevan milenios dirimiendo sus diferencias, y hasta sus acuerdos, a mamporros.

CRISTIANISMO AUTÓNOMO

En estos tiempos de puro materialismo plagado de impuras lacras, en estos tiempos de celebración milenarista, tan proclives al desenfreno y a las más estúpidas formas de mesianismo, me siento tentado, y aun diría convencido, de aceptar la necesidad de traer luz a las tinieblas morales que nos rodean.

Es por ello por lo que, después de mis fructíferas meditaciones nepalíes e indostánicas, regreso al redil cristiano para proporcionar a la humanidad una de las humildes contribuciones de mi intelecto a la religiosidad contemporánea, idea que alguno llamará perla de sabiduría.

No por desgranar los argumentos con parsimonia y gusto verbal las ideas se hacen más profundas o convincentes, conque, sin más preámbulos, pasaré a exponer mi hallazgo karmático o nirvano-espiritual, es decir, fruto de la más elevada forma de introspección intelectual y emotiva. Tumbado sobre la cama en la habitación de mi hotel en la bella ciudad de Katmandú –con vistas a los hermosos muros externos de uno de los grandes templos de sabiduría budista- y mientras me hallaba bajo la benéfica influencia de los vapores opiáceos de una pipa, acudió a mi mente la imagen definitiva, única.

Muchas religiones se han esforzado por convencer –o, simplemente, vencer por las armas y la violencia- a los creyentes de cualquier otra confesión. En esta labor de proselitismo ha llevado a cabo una función de especial importancia nuestra amada Iglesia Católica, pero no ha sido la única con función evangélica. Pues bien, sin ánimo de ofender a ningún creyente y dejando claro de antemano que abrazo sin dudas todos los dogmas y misterios de nuestra Iglesia como verdades de fe, me atrevo a proponer una nueva moralidad cristiana a la que, sin ánimo de politización de los términos, he llamado cristianismo autónomo. La explicaré y me explicaré.

Tradicionalmente, los cristianos han tenido la idea de que la Buena Nueva debía ser propagada hasta todos los confines del mundo. Es más, en ocasiones han tratado de obligar a otros a que abrazasen la fe cristiana por la fuerza –y hasta alguna vez lo han conseguido. No es menos cierto que ha habido, con el correr de los tiempos, múltiples

disputas entre los propios cristianos sobre si la salvación estaba en las obras o en la fe, o hasta sobre la predestinación.

Pero, amigos, todos nuestros teólogos y luchadores por la fe han olvidado una premisa bíblica que, me temo, trastoca –o debe trastocar- la idea cristiana de la evangelización. Nos dice la Biblia casi desde su inicio que el hombre es una criatura libre, creada a imagen y semejanza de Yahvé. Pues bien, ese punto de la libertad no cuadra muy bien, creo yo, con la evangelización.

Si para que un hombre sea un buen cristiano necesita que le recuerden cuál es el comportamiento –el *modus operandi*- del cristiano, es porque otras personas están coartando su libertad. Ha habido últimamente una sana tendencia en la Iglesia a considerar la posibilidad de salvación para aquellas personas que, sin ser cristianas, han llevado una vida entregada a sus semejantes –tal cual un Mahatma Gandhi o el famoso fontanero Mustafá el Cáustico, llamado así por la sosa con que desatascaba los desagües y no por motivos de carácter-, una vida que les ha hecho ganarse el cielo. Pues ahora es cuando llego yo a mi cristianismo autónomo:

Si queremos respetar la libertad individual de los hombres y concederles el derecho divino de ganarse o no el cielo, debemos dejar que sean ellos mismos los que descubran en su interior los principios del cristianismo salvador, sin que exista una voz amable tratando de guiar sus pasos, con acierto o sin él. De este modo, el cristianismo autónomo, ahora que celebramos el segundo milenio de la venida mesiánica, se convertiría en la religión del futuro, en la moralidad universal e introspectiva. Cada cual debe encontrar dentro de sí mismo al cristiano que lleva en su interior, aunque no conozca ese apelativo ni sea capaz de enunciar, sin dudarlos, los contenidos de los versículos que constituyen los cuatro evangelios aceptados.

Aún me atrevería a sugerir que el hecho de que no haya habido en dos milenios una nueva venida del Mesías podría entroncar claramente con mi idea: quizá se deja a nuestro criterio descubrir la Buena Nueva en nuestro interior. Pero, en fin, este argumento es meramente especulativo, y un ensayo teológico tan serio y profundo como el presente no puede incluir más que certezas y no suposiciones. Por ello recomiendo encarecidamente a los lectores que recuerden la máxima principal de mi nueva religión, el cristianismo autónomo, que dice que no hay que transmitir la Buena Nueva de los evangelios puesto

que el conocimiento de las normas de salvación coarta la libertad humana otorgada por Yahvé, de modo que sólo pueden salvarse aquellos que inventan, libremente, de manera autónoma, su propio cristianismo. Y que, a partir de la asunción de esta Verdad, se conviertan –tras un breve periodo de amnesia que bien puede ser provocada por el consumo masivo de opiáceos u otras sustancias psicoactivas- a la nueva fe e inicien su búsqueda interior.

Narciso de Lego

(moralista, pensador cristiano, teólogo y chófer personal de mi muy amado Imán –y creador del mahometismo autónomo- Mustafá el Cáustico)

PRIONIC 2030

Se levantó, como cada día, para ir a su lugar de trabajo. Nuestro hombre era un ave rutinaria de costumbres fijas. Eran las 7 menos cuarto. Había sonado el despertador y de un salto ¡Hop! Arriba. Fue al aseo y se miró al espejo. Parecía que no pasaba el tiempo por él, a no ser por las canas que tenía en la barba. Seguía teniendo esa mirada de adolescente prolongado. Como siempre, y antes de poner la radio, (pues nuestro hombre odiaba la "tontovisión",... decía que manipulaba) se encendió un Marlboro. Puso la radio. Como siempre el mundo estaba hecho un asco: robos, timos, estafas, desfalcos, atracos, inseguridad ciudadana, terremotos,.... y ¡cómo no! virus informáticos. El último se llamaba PRIONIC y se difundía a través de la red en forma de correo electrónico.

Encendió su PC portátil y comprobó su agenda. Tenía un día bastante apretado. Se hizo un café cargado y casi con las últimas noticias en los oídos, salió de casa. Puso en marcha el coche y comprobó detenidamente su planning. Nuestro hombre era profesor en un instituto de secundaria en un pueblo de Castilla-La Mancha. Normalmente tardaba unos 10 minutos en llegar, pero ese día algo raro pasaba en la carretera. Había habido un accidente. Un camión había invadido el carril contrario y se había llevado por delante a varios coches. No había habido muertos. Menos mal. Siguió su camino sin problemas.

Cuando llegó al instituto, la rutina de siempre. Reconocimiento óptico de la retina para poder acceder al centro. Sin problema. Al llegar, el griterío de siempre. Entró en la sala de

profesores y el tema matutino era el dichoso virus informático PRIONIC. Había dejado colgados todos los ordenadores del centro y no había manera de hacer nada. Menos mal que los reconocedores ópticos estaban gobernados por el sistema operativo LINUX, si no, un desastre.

Sonó el timbre y subió a la primera clase. 2º de Bachillerato. El tema: la voz pasiva en inglés. Había explicado el mismo tema, por lo menos, 100.000 veces y cada vez parecía que era la primera. Siempre ponía ese entusiasmo por hacer las cosas bien hechas. No tenía remedio, seguía siendo un adolescente. Como sus propios alumnos. Todos estaban comentando lo del virus informático, y él que desde los 20 años había sido un loco por los ordenadores, no pudo evitar la tentación de entrar en la conversación y aportar su grano de arena. Todos se quedaron boquiabiertos al ver que el carcamal de su profe, sabía también de informática y recordaba historias desde aquel ya lejano 1971 y el famoso Intel 4004, el primer chip creado para ordenadores personales. Todavía se acordaba de aquellos años en los que empezó a cacharrear con un viejo PC gobernado por el ya mítico Intel 8088, y el archifamoso procesador de texto WordStar. ¡Qué tiempos aquellos en los que casi todos los ordenadores tenían MS-DOS 3.30! ¡Qué tiempos! Pero pasaron, como no, y no volverán jamás. Ahora casi todas las máquinas estaban gobernadas por el famoso sistema operativo Windows Millenium 9000, y sólo unas cuantas máquinas, en manos de algunos privilegiados tenían LINUX MILLENIUM EDITION 7000.

Les estuvo contando que no era nada raro que hubiese virus informáticos, pues casi todo el mundo tenía, no sólo uno, sino varias ordenadores conectados a Internet en su casa y las conexiones eran gratuitas, ya que las pagaban todopoderosas multinacionales de las telecomunicaciones. Los nuevos analfabetos eran aquellos que no sabían usar un ordenador y eran discriminados a la hora de buscar un puesto, aunque fuera, de vigilante jurado en una fábrica, pues todo funcionaba con ordenadores.

Al cabo de 30 minutos dio por concluida la conversación y decidió que era hora de empezar la clase. Al ir a poner la fecha, ¡horror! Se dio cuenta de que era el año... 2030. Cuánto tiempo había pasado desde su época de juventud, cuando empezó de

maestro de escuela en pequeños pueblos de Guadalajara. ¡Cuánto tiempo!

Le faltaban apenas 3 días para jubilarse y todavía tenía el espíritu de entonces, y las mismas ganas de enseñar a sus alumnos todo lo que sabía y había ido aprendiendo a lo largo de los años. Nuestro hombre estaba a punto de cumplir 60 años. ¡Demasiado tiempo enseñando, no sólo inglés que era su especialidad.... sino LA VIDA MISMA! Esa sí que era la asignatura más difícil.

Fueron pasando las horas y llegó el final de la jornada. Cogió el coche y se fue al restaurante donde solía comer. Nuestro hombre era viudo. Su mujer fue también profesora de instituto, pero murió hacía ya 10 años. ¡Una pena! Todos decían que era una pareja encantadora. Tenía 4 hijos, pero se encontraban lejos, en el extranjero, trabajando en diversos empleos subvencionados por la Comunidad Egoísta Europea. A nuestro hombre no le importaba demasiado estar solo. Había estado solo la mayor parte de su vida, por tanto no era algo que le preocupase demasiado.

Entró en el restaurante y todo el mundo le saludó, pues era un habitual del local. Tenía mesa reservada desde hacía casi....sí, desde hacía casi 10 años. ¡La vida! Era un hombre sencillo y no le gustaban delicatessens. Un plato de lentejas, con su tajada de chorizo y su trozo de cebolla cruda con unos dientes de ajo troceados eran suficientes. Solía acompañar sus comidas con unos vasos de vino de la tierra y poco más. Postre y café con leche. Alguna que otra vez, un puro Farias.

Eran las 4:15 y como siempre era la hora de la siesta. Se fue a casa y se tumbó un rato. Había sido un día rutinario, como siempre. El único aliciente eran siempre las preguntas ingenuas de sus alumnos, para las que él siempre tenía respuestas ingeniosas, trilladas ya por el paso del tiempo. Las mismas preguntas, las mismas respuestas. Lo único que cambiaba eran las personas que las hacían.

Se levantó de la siesta. Eran las 7 de la tarde. Puso la radio. El mundo seguía hecho un asco. Se cumplían 30 años del esbozo del genoma humano. Treinta años en lo cuales se había avanzado con pasos de gigante, gracias a los ordenadores, que habían procesado cantidades enormes de información en cuestión de años. Si no, hubiera sido imposible. El locutor de la radio informaba de la

situación excepcional de la estación espacial MILLENIUM, la cual llevada 20 años en el espacio sirviendo de trampolín entre la Tierra y Marte, el planeta rojo. Siguieron las noticias internacionales, las nacionales, y por último las locales. Nada. Lo de siempre. Rutina.

Llegó la hora de la cena. Fue al restaurante de costumbre, y pidió lo de siempre. Algo simple para picar y una cerveza. La noche se presentaba animada y alguien sugirió echar una partida de ajedrez, su juego favorito. Después de varias horas, la partida se puso interesante y al final, como siempre, ganó. Al final de cada partida le gustaba comentar las jugadas y porque un simple movimiento podía dar al traste con toda la partida. Todo el mundo escuchaba entusiasmado. Era un genio.

Llegó la hora bruja, y se fue a casa. Fueron pasando los días. Y llegó el último día. Se levantó y se dio cuenta de que era su último día como profesor,... se jubilaba. Lo tenía bien marcado en el calendario. ¡Qué triste!. El director y todo el equipo directivo, al unísono que todo el alumnado le estaban esperando a la entrada. Habían preparado una fiesta improvisada de despedida. Entraron todos en el centro y estuvieron picando y tomando algo en el pabellón cubierto del instituto. La jornada se prolongó hasta las 12 y después de los trámites oficiales, se despidió. Cogió el coche y salió del recinto del instituto. Cuando llegó a casa tuvo una sensación extraña. Empaquetó todas sus pertenencias y puso rumbo al mar. Siempre había soñado con el mar. Con el mar y su sensación de libertad total. Con el mar y la sensación de eternidad.

Y llegó hasta Denia, en Valencia y allí, poco a poco se instaló y fue pasando el resto de su vida. Murió, como todo el mundo con 112 años, lleno de felicidad y rodeado de toda su familia, su gran familia. Y en la lápida de su tumba hizo grabar la siguiente frase: "Suerte a todas las personas de buena voluntad, que tienen grandes ideas, para que triunfen y sean siempre únicos".

© Francisco Manuel Fernández Trujillo.

Estación orbital FREEDOM. Sección Z. New Earth, año del señor 2001

..... fin de la transmisión

¡Qué paséis un buen día!

Hito: LA EDUCACIÓN

Es difícil ser objetivo en un asunto que tan de cerca me toca, pero, en fin, trataré de no ser demasiado parcial.

Nuestro mundo es cada vez más complejo y sofisticado. Cabría pensar que un ciudadano medio debe poseer cada vez un mayor número de conocimientos con los que afrontarlo. ¿Sucede así? Me temo que no. Hablando de nuestro mundo occidental supuestamente civilizado, no hay más remedio que referirse a la progresiva incultura del ciudadano medio. Los programas de enseñanza son cada vez más simples y menos exigentes. Mucha gente recibe una escasa formación y la "completa" a través de la televisión. Hay personas que no han leído un libro y se enorgullecen de ello. Nuestros niños son unos incultos. Supuestamente son expertos en informática –lo cual se pone como excusa para indicar que no son unos ignorantes- pero, salvo excepciones, muchos de ellos reducen su relación con la informática al uso de videojuegos. Uno piensa que tal desprecio por la cultura y el saber obedece a simple desidia. La gente no conoce su Historia –quizá prefiere inventársela-, nada sabe ni le importa cuáles son las leyes físicas que mueven el mundo o cómo funciona su propio cuerpo. Las cosas funcionan y eso nos basta. La curiosidad ha muerto, ¡viva la apatía! Pero, otras veces, uno da en pensar si no será que en nuestra sociedad consumista y manipuladora no interesa, hasta cierto punto, tener un pueblo ignorante que se comporta como cualquier rebaño. En fin, seamos "optimistas" y dejémoslo sólo en la desidia.

Quizá en los países pobres aún haya gente dispuesta a mejorar a través de la cultura. Uno, que todavía quiere creer –como en una religión- en la racionalidad humana, opina que la cultura evitaría muchas barbaridades e injusticias. Pero, en momentos de desánimo, uno también se da cuenta de que muchos no quieren salir de su ignorancia y, en todo caso, prefieren recurrir a sus tradiciones como fuente de saber y quedan fijos en un pasado tribal. Y uno se pregunta cómo es posible hablar de una mayor cultura cuando en medio mundo más de la mitad de la gente es analfabeta y no tiene oportunidad de recibir educación.

Por suerte, en nuestra aldea global uniformizadora, tendemos a homogeneizar la cultura. Que no se preocupen en los países más pobres, nosotros los ricos estamos fabricando, una tras otra, generaciones plagadas de analfabetos funcionales.

LA MÁQUINA DE COMETER ERRORES

Hay algo que ustedes no saben y, por eso, yo debo mostrarles cuál es la realidad. Ahora que nos encontramos en pleno siglo XXII, estamos convencidos de que nuestro mundo sigue alcanzando cotas de perfección no logradas a lo largo de toda la historia de la humanidad.

Y, ciertamente, es posible que los progresos tecnológicos que se han sucedido sin pausa durante los últimos cuatro siglos hayan corrido un velo de ignorancia y estupidez por delante de muchas de las mentes de los ciudadanos normales. Pues bien, aquí estoy yo para que los velos caigan nuevamente.

Me presentaré. Me llamo Dionís y soy –o mejor debiera decir que he sido hasta ahora- ingeniero desoptimizador. Claro. No saben en qué consiste mi oficio. No se apuren. Pronto se lo explicaré y les quedará diáfana e intranquilizadoramente clara cuál era mi función. Digamos que he abandonado mi puesto debido a un serio conflicto moral. Quiero que, antes de juzgarme por la historia que les voy a contar, sepan los antecedentes, de modo que me permitirán que haga una breve introducción histórica.

Desde el comienzo de la era tecnológica durante el siglo veinte y su creciente informatización a finales del mismo siglo, el hombre fue siendo desplazado por las máquinas, de un modo paulatino, de las tareas más tediosas. Ese proceso fue positivo desde todo punto de vista. Cualquier individuo razonable y creativo se mostrará de acuerdo conmigo en esa apreciación. Al margen de algunos conflictos iniciales en una sociedad donde unos cuantos querían acaparar los beneficios de la mecanización, pronto los gobiernos se encargaron de solucionar el trauma inicial. Luego, tras aquellos sucesos iniciales, se han producido algunas otras pequeñas crisis. Valga como ejemplo la aparición, ya avanzado el siglo XXI, de las computadoras IA de inteligencia artificial. Por suerte para la mayoría de nosotros, incluidos los más torpes, la inteligencia de esas máquinas es lo bastante diferente a la de los humanos –demasiado más lógica y menos dada a los impulsos "intuitivos"- como para que no la consideremos inteligencia verdadera. Si admitimos que la del hombre sea verdadera inteligencia, estamos en lo cierto. En caso contrario, no seré yo quien pretenda argumentar aquí en contra de conclusión tan tranquilizadora como ésta. Es obvio que la cuestión de las máquinas IA no está aún zanjada del todo. Basta recordar los disturbios de

finales del siglo XXI causados por la secta de los computacionistas con sus peregrinas ideas de que el hombre tiene como fin último la creación de seres mecánicos superiores que, por alguna razón, identificaban con un incierto ente más allá de nuestras actuales computadoras. Pero, en fin, ya he dicho que no era ése el problema del que quería hablar. Sectas y sectarios existirán siempre, me temo.

Yo pretendía comentar la existencia de otro problema que, creo yo, sí que tiene algo que ver con la mecanización, el desarrollo de IA y las locuras mesiánicas de los computacionistas. Me refiero al ya tradicional, aunque no asumido ni aceptado, complejo de inferioridad de muchos seres humanos ante las eficacísimas máquinas que él mismo ha creado. En vez de sentirse orgulloso de sus criaturas a las que considera superiores a sí mismo –lo sean o no-, o feliz por las tareas que sus máquinas realizan para él, el hombre se deprime. Cualquier padre se sentiría orgulloso si sus hijos lo superaran en alguna faceta. Sin embargo, muchos hombres se sienten cohibidos y acomplejados ante las criaturas creadas por sí mismo o sus congéneres para el servicio de toda la humanidad. ¿Por qué, si no, toda la vieja literatura catastrofista que salpica cada progreso tecnológico? Las cosas no han cambiado mucho en ese sentido desde el remoto siglo XIX. ¿Por qué surgieron esos temores?, me pregunto, y son dos las respuestas que se me ocurren. Por una parte, el complejo de Frankenstein retando a unos dioses en los que dice no creer pero a los que aún teme y de los que espera alguna suerte de venganza en la forma de la desgracia provocada por su falta de precaución y respeto. De otra parte, algo menos metafísico pero, en consecuencia, más tangible y doloroso. A muchos hombres, además de asustarles la tecnología, lo que les amedrenta no es el éxito de las máquinas, sino la sensación de que aquellos artilugios mecánicos son mejores que él, lo que le provoca una muy insana sensación de inutilidad. La sensación de inutilidad, la depresión, la infelicidad y hasta, en algunos casos, el suicidio, pueden relacionarse a través de esta misma cadena de miedo tecnológico. Fue para evitar esto para lo que se crearon los ingenieros desoptimizadores. Al principio, esos técnicos trabajaban un poco a su libre albedrío pero, más tarde, su labor se sistematizó. Todo empezó a funcionar del modo deseado cuando se desarrolló la Computadora Central de Desoptimización. Ese nombre les resultará tan desconocido como mi oficio. Si les digo que, entre nosotros, la

llamamos la Máquina de Cometer Errores, tampoco se hará la luz en sus desconcertados cerebros. Pues es de la Máquina de lo que les pretendo hablar y, con ello, del conflicto moral que, surgido de sus circuitos, me obligó a abandonar mi trabajo como desoptimizador.

Yo, al terminar mis estudios, me especialicé en robótica y pensamiento artificial. Al principio de mi carrera trabajé para alguna de las fábricas de computadoras pero luego, deseando una cierta estabilidad y, por qué no decirlo, comodidad, entré al servicio del departamento gubernamental de Inteligencia Artificial. Como no estaba cualificado para ser programador de una de las más complejas –al menos tal fue la valoración de Selección de Personal a través del análisis de mis tests- me ofrecieron un puesto de responsabilidad –y jugoso sueldo- en el Departamento de Desoptimización. Como ustedes, tampoco yo sabía por entonces en qué consistía la labor de aquella sección. Dado que el sueldo era bueno y siempre tenía tiempo de marcharme de allí si el asunto no me gustaba, acepté.

No voy a decir que aceptar aquel empleo fuera el mayor error de mi vida. Ni tan siquiera creo que haya sido un error. Gracias a mi cargo tuve la oportunidad de trabajar con una auténtica IA, incluyendo en mi trabajo tareas de programación, y, en determinados momentos, me sentí satisfecho con los resultados de mi obra. No diré que yo fuera el máximo responsable de la Máquina, pero sí que mi relación con ella y con todo el personal a su servicio fue bastante estrecha y enriquecedora. Como experiencia personal y laboral, mi trabajo fue sumamente provechoso. Los problemas llegaron después, como luego relataré.

Antes de contar por qué vivo esta crisis actual debo explicar, al menos brevemente, cuál era el cometido de la Computadora Central de Desoptimización. Para ello, necesito unos cuantos antecedentes más.

Como he indicado anteriormente, la aparición de las nuevas tecnologías tuvo la consecuencia de amedrentar a muchos hombres, haciéndolos dudar de su valía en comparación con las eficacísimas máquinas. Es más, varios psicólogos y técnicos del gobierno extrajeron una clara consecuencia del exhaustivo análisis de los datos sobre las revueltas finiseculares del XXI: muchos hombres –incluidos algunos de sus adoradores-, no sólo se sentían intimidados por las máquinas, sino que las odiaban profunda e irracionalmente. ¿La razón?

No el ridículo temor, ya superado, a que las máquinas dejasen al hombre sin trabajo y sin recursos sino el hecho de no soportar la perfección tecnológica. Si los hombres se equivocan, ¿cómo van a poder competir con unos aparatos infalibles, o casi, que realizan cualquier tarea con suprema perfección? De ahí el complejo de inferioridad y el pánico a las tecnologías. De ahí las estupideces fanáticas de los computacionistas y sus supermáquinas superando al hombre, mera constatación de que muchos hombres se sentían amedrentados por la perfección de sus instrumentos.

Visto así, lo que constituía una de las grandes ventajas de las máquinas humanas, factor inexcusable para explicar su eficiencia, se convertía en un inconveniente, en un germen de problemas sociales que podrían desestabilizar una sociedad automatizada y, sin embargo, infeliz.

La solución propuesta, tras el largo análisis, por los psicólogos y los ingenieros, fue presentada al gobierno. Hubo muchos políticos que se burlaron de las consecuencias extraídas en el informe pero otros, después de la sorpresa inicial, comprendieron que los analistas estaban en lo cierto. La solución para evitar futuros conflictos tecnológicos estribaba en organizar un método de desoptimización de las máquinas. Más claramente: fabricar una máquina que se encargara de programar leves errores en otros aparatos para que el hombre tuviera la tranquilidad de que la tecnología no era superior a él sino que, como cualquier ser humano, podía estar sujeta a error, cuanto más estúpido mejor. Debían ser leves errores de funcionamiento, nunca de diseño o de programación, sino siempre achacables a fallos internos, inexplicables, impredecibles, de las máquinas. La solución no sonaba demasiado tranquilizadora para muchas mentes, pero, al cabo, resultó sumamente eficaz cuando fue llevada a la práctica.

Lo cierto es que la máquina no fue construida hasta varios años después, y sólo como simple experimento diseñado por el Gobierno Mundial entre sus proyectos de Investigación y Desarrollo, pero llegó el día en el que alguien decidió utilizarla y el resultado fue el predicho, para consternación de muchos críticos. Aquel primer día de funcionamiento en el mundo real no fue escogido de forma gratuita. Hubo una pequeña crisis y alguien, un simple ayudante de un

ministro, propuso utilizar la máquina. El problema era ridículo. La solución también. Quizá por ello funcionó.

El Departamento de Sanidad había empezado a distribuir un sencillo sensor corporal que tomaba lecturas periódicas de los principales parámetros corporales. Era un instrumento relativamente caro, pero la Sanidad Pública estaba dispuesta a costearlo para casos de pacientes con ciertas enfermedades crónicas que requerían, precisamente, de ese seguimiento. Yo no soy médico, así que no esperen que les pueda dar demasiados detalles sobre el asunto. Pues bien, por lo visto, algunos pacientes a los que se les había aconsejado el sensor, no quisieron utilizarlo porque, según decían, les molestaba tanto control. Lo que les molestaba, creo yo, y así lo creyeron también los técnicos, era que las lecturas pasaban a una computadora central que las interpretaba y siempre los estaba llamando la atención acerca de sus costumbres sanitarias. Como el sensor era infalible, a los pacientes no les quedaba ni tan siquiera la excusa de justificar sus caprichos o sus vicios como disfunción del sensor. Nada más sencillo, por tanto, que someter los sensores al control de la Computadora de Desoptimización para que, de vez en cuando, cometieran un pequeño error que los convirtiera, a los ojos de los pacientes, en un instrumento menos odioso. La propuesta, como digo, la hizo un simple ayudante que, según se cuenta, actuó como eco de una frase casual escuchada a un psicólogo de uno de los hospitales donde se pretendía establecer el sistema. El ministro aceptó la propuesta, puesto que nada costaba hacer una prueba, y, para sorpresa de casi todos, el asunto funcionó. Muchos pacientes, que seguían fiándose en general de las lecturas del aparato, comprobaron con sorpresa que, en ocasiones, los datos suministrados por sus sensores eran erróneos, para fastidio de los médicos y regocijo propio. Aquel simple detalle permitía saltarse un día un régimen a la torera y culpar a la máquina, o desconectarse de vez en cuando con la excusa de que "algo iba mal en el cacharrito". Y, lo más importante, los pacientes podían sentir la satisfacción de quejarse vivamente de la puntual ineficacia del aparato.

Visto el éxito inicial, en muchos otros departamentos gubernamentales se empezó a utilizar, de modo experimental, la Máquina de Cometer Errores en aquellas situaciones en las que se había comprobado una cierta tensión hombre-máquina. Para sorpresa

de la mayoría, la máquina resolvió muchos problemas y suavizó situaciones con las que, aparentemente, no tenía ninguna relación. Para muestra, basta un botón. Qué mejor que poder regañar a una máquina cuando dos técnicos no se ponen de acuerdo en la solución de un problema. En vez de reconocer la propia impericia, siempre es más cómodo y práctico culpar a un tercero que nunca se quejará: la máquina.

De este modo, no debe parecer extraño que la Computadora Central de Desoptimización extendiera rápidamente su ámbito de acción y dejase de actuar como simple instrumento experimental. Poco a poco, todas las empresas que contaban con aparatos de precisión, estaban conectadas a la máquina gubernamental de desoptimización y, sin que nadie –o casi nadie- lo supiera, sus largos dedos tocaban todas las fibras importantes del tejido económico mundial. Y todo parecía marchar perfectamente. Mejor, por supuesto, que cuando los fallos eran tan improbables como el verdadero mal funcionamiento de la maquinaria.

Pues, como he dicho anteriormente, yo entré a trabajar con la Máquina y, durante mucho tiempo, no tuve ningún problema ni, desde luego, cargo de conciencia por haber generado a alguien algún problemilla con la disfunción de un computador.

Alguno podría decirme que, si se trata de máquinas, mi problema no puede ser, en absoluto, tan grave como yo lo pinto. Tan profunda es la confianza que todos tenemos en nuestros propios aparatos. Podría decirme que, en esta vida, lo único verdaderamente malo y sin posibilidad de solución es la muerte. Y tendría razón. Pero, precisamente, por esa concesión empiezan mis problemas, porque en el asunto de la Máquina acabaré mencionando la existencia de varios cadáveres que, a qué no decirlo, considero sobre mi conciencia. Bien, pues dicho esto, nada mejor que describir cuál fue la situación que se produjo y cambió por completo mi modo de ver la vida en general y la mía propia en particular.

Después dijeron que había fallado mi programa. Pero sé que es falso. Mi programa se encargaba, tan sólo, de desoptimizar el funcionamiento de un teleférico en una estación de esquí en plenos Alpes. Era una de las estaciones de más éxito y mucha gente acudía a ella cada fin de semana durante el invierno. Para aquella gente que, durante su tiempo libre, buscaba las emociones del esquí, algún

gerente pensó que incluir sus instalaciones en el Sistema de Desoptimización podía ser una buena idea. Un pequeño fallo del teleférico o de los ascensores directos podía añadir diversión al simple hecho de esquiar. Claro está que los clientes perjudicados se quejarían por el mal servicio pero, en el fondo, aquello formaría parte de la aventura. Yo no soy quien para juzgar lo acertado de la propuesta pero el caso es que pareció funcionar. Al menos así lo indicaban las estadísticas: el número de visitantes, ya de por sí elevado, se incrementó desde nuestra entrada en el negocio. Es difícil decidir si tal ascenso fue consecuencia directa de nuestros fallos programados o se debió a cualquier otro factor. El cliente opinaba que sí, de modo que mantuvo nuestro proyecto en marcha.

Hasta ahí todo era normal. La máquina de cometer errores volvía a mejorar la vida de los hombres. Pero, justo cuando mejor marchaban las cosas, todo se torció.

Fue un domingo. Las pistas estaban llenas de nieve y de esquiadores. El teleférico funcionaba a toda velocidad. Cientos de clientes ascendían con él a la montaña y descendían sobre sus esquís. Todo normal hasta que, sin previo aviso, el cable de la barquilla se rompió y el teleférico se precipitó, con cuarenta y cuatro personas en su interior, hasta el fondo del valle. Nadie sobrevivió. El impacto del accidente fue brutal y la histeria generalizada. Las pistas se vaciaron y miles de curiosos acudieron a contemplar los restos del macabro espectáculo. Las autoridades, cómo no, obligaron a cerrar el establecimiento hasta que se determinaran las causas del accidente. Yo, personalmente, ya de antemano dudaba mucho de la posibilidad de que hubiera sido tal accidente. Aun hoy en día, los accidentes reales pueden ocurrir, pero sólo después de producirse el altamente improbable fallo en cadena de los múltiples sistemas de seguridad con que va equipada toda la maquinaria. Pese a todo, me aferraba a esa remota posibilidad como a un clavo ardiendo. La alternativa era mucho más difícil de asumir, mucho más dolorosa.

La investigación fue breve y contundente. No había existido fallo accidental. Fue la Computadora Central de Desoptimización la que programó el gravísimo error que desprendió el cable de sujeción principal junto con el secundario de seguridad. ¿Con qué objeto? Yo no lo sabía. Del mismo modo que tenía la completa seguridad de que el programa que yo le había suministrado a la máquina, simplemente

informativo sobre las características del sistema, nunca pudo haber provocado tal desastre. Los supervisores achacaron el fallo a un error de programación –es decir, un error por mi parte que yo estaba seguro de no haber cometido, tal como comprobé al repasar mis instrucciones-, aunque, de cara al público, se justificó el accidente como la inesperada consecuencia de un cortocircuito y la torsión del otro cable por efecto del viento. Ridículo, a todas luces, para cualquiera que entendiera algo al respecto. Pero la gente lo aceptó y no hubo nada más que decir.

Casi fue lo más sorprendente el hecho de que, después de achacar el fallo a mi programa, yo no recibiera la más mínima reprimenda ni amonestación. Aquello no era sólo sorprendente sino, además, muy sospechoso. Un ingeniero debe ser responsable de sus fallos y pagar las consecuencias de los mismos. A mí no se me exigió tal pago, lo cual me hizo suponer que había algo que esconder, algo que no querían que yo, caso de ser despedido, pudiera sacar a la luz. Con tal pista, y habida cuenta de que mi estado depresivo no me permitía pensar en otra cosa que no fuera solucionar aquel crimen consentido, me sentí en la obligación de investigar los pormenores de aquel asunto.

Puesto que había quedado claro que la orden de ruptura procedía de la máquina y yo tenía la certeza de que el fallo no había sido programado por mí, dediqué parte de mi tiempo a estudiar todas las características del programa encargado del control. Dispuse de bastante tiempo para ello pues, como consecuencia del accidente, me vi obligado a tomarme unas pequeñas vacaciones, justificadas como baja por depresión. Si era cierto que yo estaba deprimido, hundido moralmente por aquella tragedia, no es menos cierto que mi estado de ánimo, lejos de inhabilitarme para el trabajo, me había dado nuevas energías para dedicarme a él de lleno. No lo hice oficialmente pero, para un técnico como yo, resultaba bien sencillo conectar una terminal de ordenador a la Central de Datos de nuestra Computadora. Así, después de saltarme varios controles de seguridad, pude llegar al meollo de la cuestión.

Puedo asegurar que ningún ser humano programó conscientemente el accidente del teleférico. Puedo proclamar mi inocencia sin miedo a equivocarme. Pero, pese a todo, no puedo hablar de accidente ni eliminar todas las responsabilidades por aquellas

muertes. Aunque mi participación en el trágico suceso fue del todo involuntaria, no puedo ni siquiera eximirme a mí mismo de mi parte de culpa y responsabilidad. Puedo asegurar también que un humano, de forma egoísta pero inconsciente de las consecuencias de sus actos, fue el responsable último del mal llamado error de la Máquina.

Yo hubiera deseado que todo se hubiera debido a un fallo espontáneo del programa. No fue así. Al menos tampoco se confirmó del todo la otra posibilidad que me angustiaba mucho más que la primera. Durante un tiempo llegué a pensar que la Máquina, un modelo muy avanzado de Inteligencia Artificial, había llegado por sí misma al punto de tomar decisiones de modo autónomo e independiente. Hasta el día de hoy ninguna de estas máquinas, que nosotros sepamos, ha llegado al punto de pasar de la conciencia de sí misma al desarrollo de voluntad propia ni deseos de libertad. Quién sabe si algún día presenciaremos una monstruosidad de ese calibre. Por el momento, nuestras IAs sólo son capaces de procesar los datos suministrados y obtener conclusiones razonadas a partir de ellos, con el único objeto de alcanzar el fin que se les ha solicitado. Pues bien, ahí radicó el error humano que provocó la catástrofe.

Juro por lo más sagrado que pueda imaginarse que yo no lo sabía. La Máquina, tal y como se diseñó, pretendía ser un instrumento para eliminar tensiones entre hombres y máquinas. Pero el proyecto terminó yendo más allá. Me imagino que, hoy en día, todos los programas de control están imbuidos por el mismo espíritu mercantilista que yo descubrí en este accidente. La explicación es más sencilla de lo que parece.

Algún responsable del Proyecto, quizá animado por los propios clientes, tuvo la feliz idea de pedir a la Computadora que, además de eliminar las tensiones mencionadas, favoreciera, de modo parejo, un proceso de optimización comercial, incluyendo, preferiblemente, aquellos accidentes que pudieran provocar un beneficio económico a las empresas. Al descubrir este hecho, yo mismo pensé que el argumento era tremendamente rebuscado. ¿Cómo era posible que los accidentes programados pudieran aumentar el volumen de negocios? Eso, pensaba yo aún, ingenuo de mí, era un efecto secundario de la desoptimización, un resultado de la menor aprensión de los hombres en su trato con las máquinas.

Me equivocaba. Y pronto pude comprobarlo. La estación de esquí abrió nuevamente sus puertas al público el martes siguiente al accidente. Los restos del accidente habían sido retirados, el cable sustituido y una nueva barquilla pendía de él. Se abrieron las puertas y, por increíble que pueda sonar, la afluencia de esquiadores, turistas y curiosos creció enormemente a partir de la publicidad, que yo pensaba negativa, del accidente ocurrido. Quizá todos aquellos tipos que buscaban la aventura consideraban un nuevo aliciente el riesgo de morir despeñados, pero lo cierto es que las colas para subir al "teleférico mortal" se hicieron enormes. Por suerte, o quizá debido a los retorcidos razonamientos de una máquina que no puede equivocarse al valorar los factores implicados, no se ha producido ningún nuevo accidente desde entonces.

El negocio se ha recuperado, pero no yo. La Máquina hizo sólo lo que le habían solicitado: maximizar los beneficios provocando sus accidentes programados. Sólo que a costa de muchas vidas humanas. Las autoridades han silenciado el caso. Supongo que lo volverán a hacer en el futuro. Y yo sé que la idea de una máquina programada para que otras cometieran errores nació con buena intención, aunque, éticamente, su desarrollo puede que no fuera muy correcto. Pero, sea como sea, lo que yo no puedo soportar es la idea de que al viejo azar responsable de las catástrofes le suceda un procedimiento maquiavélico que, aparte de causar desgracias intencionadamente, a partir de fríos cálculos de coste-beneficio, me ha dejado, sin yo quererlo, un enorme complejo de culpa del que no puedo escapar. Ya les he dicho que ya no trabajo con la Computadora. De hecho, ya no trabajo. Y, lo que es peor para un informático como yo, he desarrollado tal aversión a las computadoras que no puedo aproximarme a una sin sentir un escalofrío de terror.

Juan Luis Monedero Rodrigo

El color de tu pelo volaba alrededor de mis pensamientos, brillaba con una luz fuera de lo común, era tan fuerte el resplandor que ni siquiera podía ver tu cara. Tú corrías a toda prisa por entre mis recuerdos, volabas entre mis alegrías y te escondías de mis desgracias. ¡Dios mío! No te puedo ver la cara, no recuerdo ya tu expresión. ¿Cómo eras? Sé que eras alegre y divertida, pero frágil e insegura… Ya no

puedo verte, sólo veo el color de tu pelo. ¿De verdad no puedo? Debo correr, correr y no parar hasta encontrarte. El camino es tortuoso, me tropiezo con las mismas piedras, paso al lado del que a buen árbol se arrima, aplasto cigarras con mis pies desnudos de sentido del ridículo… Es tan fácil volver atrás, pensar que estás al principio del camino y no al final. Qué puro es el aire que ahora respiro, es tan irreal, tan fantástico, me hace sentir que ya no puedo volver a verte, a tenerte… Me hace llorar lágrimas inútiles, perdidas. Tal vez si me doy la vuelta y sigo mi camino, ya no te eche de menos, pero es que en el otro sentido me da tanto… Lo que hay. No sé si podré… Debo hacerlo. ¿Qué es esto? Un espejo. Pero ahora recuerdo. Te parecías tanto a mí. ¡No puedo creerlo! Nunca me has abandonado, siempre has estado conmigo. Te dejé olvidada en el bolsillo de las cosas que ya no debo hacer porque soy ya mayor, pero tú siempre estuviste ahí… Prometo que nunca más te olvidaré y que siempre te llevaré conmigo. El camino es largo y tú eres de lo único que no puedo prescindir…

NIÑEZ por Juan Carlos Jiménez

Dedicado a todos esos niños que juegan a ser mayores

Hito: GAIA

Fue bonito descubrir, en el último tercio del siglo que termina, que el mito del Arca de Noé tiene un punto de real. Todos habitamos en un único planeta que, cual balsa a la deriva del inmenso océano del espacio, nos lleva a través del tiempo desde el más remoto pasado.

Ahora sabemos que somos un todo con la naturaleza y, sin estúpidos sentimentalismos nostálgicos de tiempos pasados que nunca fueron mejores, sabemos valorar la necesidad de preservar algo de este mundo maravilloso para las generaciones futuras.

Aunque sólo sea por espíritu de supervivencia, o por ese instinto de limpieza que nos hace aborrecer nuestro hogar convertido en pocilga, debemos cuidar de todo este legado que constituye esa enorme canica azul de agua tierra y vida que empieza a quedársenos pequeña.

Da cierta pena escuchar a los politicastros y a los publicistas esgrimir banderas ecológicas por doquier, sin verdadero deseo de usarlas como estandarte. Pero, en el peor de los casos, al menos significan que las cuestiones medioambientales empiezan a calar,

aunque sólo sea por mera insistencia, en las mentes aborregadas de la ciudadanía.

Todavía nos tenemos que esforzar por buscar razones materialistas para conservar el mundo con todo lo que contiene. Y debemos decir que la biodiversidad es una fuente de recursos y las menguantes selvas un pulmón irreemplazable que librará de contaminación a nuestras populosas urbes. Pero hay que ser optimistas. Estamos a punto de convertir nuestro mundo en una cloaca y de hacer saltar por los aires la banca de los recursos, pero uno puede mirar al futuro y soñar que, poco a poco, aprenderemos a respetar un poco más nuestra casa y realizaremos nuestros deberes domésticos sin protestar a cada paso ni esconder la porquería debajo de las alfombras.

DESECHO HUMANO

Ser una nulidad total tiene sus ventajas. Cuando uno no sirve para nada y carece por completo de cualquier virtud, nadie en su sano juicio se atreve a censurar tus limitaciones y los errores que originan. Siguiendo con este modo optimista de ver la situación, cualquier cambio en el propio estado supondrá una mejora o, todo lo más, dejará las cosas tal cual están, sin cambios. Si uno es un total desastre, un cambio sólo puede restar deméritos a tu penoso estado.

Tal era, poco más o menos, el modo de pensar que Niceforo Cuchucuflix III –léase tercero- había alimentado durante sus veintipocos años de vida. Siempre había estado convencido de que su existencia era patética y de que su propia figura, considerada en conjunto, sólo podía describirse con el término de desecho humano.

Niceforo había concluido la corta involución de la especie representada por los dos antecesores de los que había heredado el nombre. Poco podía decir de antepasados más antiguos puesto que de sus hechos nada sabía. Eso podía considerarse un síntoma de que los suyos siempre habían sido poca cosa, puesto que nada de su vida había trascendido hasta las generaciones futuras. Viendo las cosas con las miópicas gafas de su optimismo, Niceforo prefería pensar que, al menos, sus antepasados tampoco habían sido artífices de catástrofes importantes puesto que no habían llegado a sus oídos historias acerca de desastres provocados por los Cuchucuflix ni anécdotas divertidas o ridículas asociadas a su nombre. Al menos, siempre era un consuelo saber que todos y cada uno de los tuyos han sido un ejemplo de don

nadie que ha pasado por la vida sin pena ni gloria, es decir, sin nada grave de lo que avergonzarse aparte de la propia existencia.

En realidad, el hecho de que Niceforo III –léase tercero- hubiera llegado a existir ya era de por sí un milagro. Por desgracia, la saga de los Cuchucuflix tendría en él mismo su punto y final puesto que, entre otros muchos defectos, el bueno de Niceforo era estéril. Cuando menos, así había sido diagnosticado por los médicos y Niceforo no tenía por qué dudar de su palabra. En todo caso, era asunto de mucho mérito que se hubiera producido la aparición de un desecho humano como Niceforo, precedido por una larga saga de desgraciados que se habían sucedido generación tras generación sin interrupción a través de largos eones de evolución biológica –pongamos la cifra redonda de 3500 millones de años- desde que se formó un primer protobionte al que sucedieron miles, millones y billones de descendientes en compleja diversificación, hasta que apareció el género humano y, dentro de una de sus minúsculas ramificaciones colaterales, se derivó la línea que llevó a la aparición de los Cuchucuflix y, finalmente, del propio Niceforo III. A nuestro personaje le causaba maravilla que millones de años de dura competencia entre los organismos hubieran permitido al fin la aparición de semejante cúmulo de defectos como era él mismo. Si algo le hacía dudar de la verdad científica que suponía la selección natural y maravillarse de los avances de la ciencia médica era el nacimiento y vida de sí mismo, el inútil Niceforo Cuchucuflix III.

Pero aún quedaban nuevas maravillas para asombrar al bueno de Niceforo. En un tiempo en el que él mismo era un completo parcheado de defectos por parte de los médicos, nunca imaginó que él pudiera servir de donante para un parche en otro desgraciado.

Niceforo contaba entre sus numerosas virtudes con una ligera deficiencia mental, que no pudo ser del todo corregida por los galenos, era diabético, alcaptonúrico, distrófico muscular, proclive al Alzheimer, portador de una insuficiencia cardiaca congénita, talasémico, daltónico y hemofílico, además de portador de otra buena sucesión de defectos menores. En realidad, el empleo de tantos términos para referirse a enfermedades de su cuerpo no era del todo correcto, pues esas deficiencias habían sido corregidas, en mayor o menor medida, merced a la terapia génica y el cultivo de órganos propios in vitro con los que sustituir los alterados. Maravillas de la ciencia moderna que no evitaban

que, pese a todo, Niceforo se considerase a sí mismo un cúmulo de defectos que, milagrosamente, se mantenía vivo.

Por eso le causó asombró y, más tarde, una sensación de orgullo desconocida, la llamada que recibió del Hospital Central. Le necesitaban para un trasplante de urgencia.

-¿Qué es lo que me pasa? –preguntó el torpe de Niceforo con un asomo de preocupación en la voz.

-No, hombre, no es a usted. Necesitamos uno de sus órganos para salvar la vida de otro hombre.

-¡Ah! –exclamó Niceforo una vez comprendió lo que se le decía, y no fue necesaria más información ni surgió nuevo comentario de sus labios hasta que llegó el momento de aceptar que lo operasen.

El problema era, por lo visto, que un tipo se encontraba muy grave de una afección renal y no había tiempo para cultivar un nuevo riñón sano a partir de su propio banco de células. De modo que, como medida de emergencia, se había optado por buscar un donante compatible que le proporcionara urgentemente un riñón con el que salvar la vida mientras se le fabricaba el definitivo.

Niceforo aceptó muy satisfecho. Pensar que él, un desecho humano, podía servir para salvar una vida, era algo que le llenaba de orgullo. Aunque sus cortas luces no le permitieron comprender el asunto con detalle, sí que sacó la idea general de que poseía "un buen par de riñones" –frase que convertiría en muletilla cada vez que quisiera presumir de sus virtudes, desconocidas hasta el momento.

A Niceforo le extrajeron un riñón. El riñón fue trasplantado al paciente y funcionó. El enfermo sobrevivió dos meses con su nuevo riñón y, entretanto, dos nuevas unidades renales fueron fabricadas en laboratorio a partir de las células de cada individuo: un riñón para el enfermo y otro para Niceforo, que así recuperó su "buen par".

Después de tan grata experiencia, Niceforo aún vivió muchos años. No dejó descendencia pero, aun sabiendo que era un verdadero desecho humano y un desastre evolutivo, siempre supo que, hasta los más penosos individuos poseen virtudes –o cualesquier características, sean o no virtudes- de las que presumir.

Es buena cosa ser optimista.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Hito: EL PARAÍSO NEOLIBERAL

Siempre me he preguntado por qué los liberales y los anarquistas se llevan tan mal. Quizá a los lectores les parezca lógico y normal, puesto que asumen que sus idearios –si es que a estas alturas todavía los tienen- son del todo diferentes.

El caso es que yo no soy de la misma opinión. Creo, aunque admito que pudiera equivocarme, que liberalismo y anarquismo son dos caras de una misma moneda. Puede sonar paradójico, en estos tiempos de aparente asunción sin reservas del modelo del capitalismo neoliberal del crecimiento infinito, que un pelanas como yo se atreva a hipotetizar acerca de asunto tan trasnochado. Será necesaria, por tanto, la explicación que, aunque no me justifique ante muchos, sí dé muestras de una cierta racionalización del asunto, sea o no equivocada.

Cualquier anarquista que sea interrogado al respecto os dirá que su ideología –pues, aunque a algunos les extrañe, así se puede llamar a su modo de pensar, precisamente por ser una forma de ver cómo manejar la vida propia y las ajenas- consiste en la máxima libertad: cada cual puede hacer lo que mejor le parezca y no debe haber ningún Estado ni agente de poder que ponga trabas a esa libertad individual. Si para conseguir esa libertad es necesario –o así se considera- destruir todo lo que otros han construido previamente –con el resultado, pretendido o no, de coartar nuestras libertades-, siempre habrá algún anarquista –no todos, por supuesto- dispuesto a iniciar la demolición e incluso convencido de su necesidad.

Pasemos ahora al liberal –añadirle el prefijo *neo* no va a cambiar demasiado la realidad de la situación. Él también aludirá a la libertad individual a la hora de justificar sus supuestos. El individuo debe ser el eje de la economía y de la sociedad. Es el individuo el que crea las familias y las empresas, la riqueza y sus propias normas de convivencia en relación con el resto de seres humanos que lo rodean. A nuestro neoliberal, igual que al anarquista, le fastidiará sobremanera que exista un Estado metomentodo que ponga trabas a su propia libertad. Le fastidiarán las normas, los impuestos, las obligaciones. Si es él quien crea la riqueza y las relaciones, ¿por qué debe venir un agente externo a decirle cómo ha de administrarse? Aunque, por otro lado, también le fastidian, y casi en mayor medida, aquellos que desean alterar el orden que se ha creado y expoliarle sus riquezas o su modo de vida. Por eso el neoliberal odiará siempre a todo tipo de anarquistas,

comunistas, ecologistas e izquierdistas de toda índole en general, que tengan intención de modificar la felicidad que él mismo –siempre está seguro de que aquello es obra suya y de los suyos en exclusiva- se ha labrado. Pues bien, a mí este modo de pensar me da un tufillo a lo que yo llamaría anarquismo oligarca.

El liberal aspira al mismo tipo de libertad absoluta que el anarquista, pero es de la opinión de que no todo el mundo merece alcanzar idéntico grado de libertad. Para él sólo los ciudadanos que forman la élite tienen derecho a esos privilegios. Luego, quizá para tranquilizar su conciencia, aludirá a términos tan ambiguos como libremercado, competencia y crecimiento, pero, no nos engañemos, a la élite pertenecen sólo unos pocos.

Yo, que aunque soy bastante ingenuo y aún me considero un soñador, sé que los paraísos son una utopía irrealizable. Aún así, si fuera posible alcanzar las utopías, si el paraíso neoliberal y el paraíso anarquista estuvieran al alcance de la mano, me quedo con el paraíso anarquista, que me parece más hermoso y solidario. ¡Quién sabe! Tal vez si el anarquismo admitiese algunas de las limitaciones a las que se ha sometido el capital, surgiera algún sistema más justo que éste que hoy nos gobierna. Será cuestión de pensarlo. Especular no cuesta nada.

NATALIDAD

Me entero por la prensa, mayoritariamente a través de la subversiva, de que cada vez nacen menos niños en nuestro amado país. Las cifras que se manejan son realmente alarmantes. Nos dicen que cada una de nuestras mujeres tiene, como media, 1'3 hijos. Vamos, que si reunimos a tres mujeres, lo más probable es que dos de ellas tengan un solo hijo (esto en el caso de que sean madres) y sólo una de ellas tenga dos. Y es probable que ninguna de ellas desee disfrutar siquiera una vez más del santo beneficio de la maternidad.

Nos dicen los periodistas subversivos que la baja natalidad tiene su origen en dos factores fundamentalmente: de un lado la inestabilidad laboral que hace que los jóvenes permanezcan en sus casas cosidos a las faldas de sus madres hasta que ya no merecen el calificativo anterior y, cuando se independizan, tienen tal falta de estabilidad que no se atreven a tener descendencia. De otra parte nos hablan del deseo de las mujeres de labrarse un porvenir

profesional, considerando que la maternidad las apartaría de su objetivo primigenio de medrar en el mundo del consumismo actual. A esta faceta de la esterilidad voluntaria y la esclavitud laboral la llaman "realizarse profesionalmente". En fin, como no quiero que se me tache nuevamente de reaccionaria, a mí que soy tan sólo una orgullosa representante de las más sagradas y saludables tradiciones de la Patria, no voy a criticar esas prácticas que, en confianza, señalaré que considero poco menos que amorales. Lo que deseo desde estas páginas es proponerles la solución al problema que se le ha planteado a nuestra sociedad.

Supongo que todos los lectores, incluidos los revolucionarios subversivos y los izquierdistas camuflados, estarán de acuerdo conmigo en que el futuro del país está en peligro y se hace necesario -al margen de dejar entrar en nuestro sagrado territorio a algún negrito, morito o sudamericanito- aumentar la tasa de nacimientos en nuestro territorio. Mi propuesta está encaminada, precisamente, a solucionar el problema de los nacimientos y las mujeres "realizadas".

Pues bien, lo que yo propongo desde estas páginas, es adelantar la edad de procreación de nuestras mujeres, de tal modo que la maternidad no afecte negativamente a la realización profesional de las mismas. El cómo es obvio y perfectamente razonable. En estos tiempos de libertinaje en que muchas jovencitas se ayuntan en impuros actos carnales con los jovencitos del sexo contrario, cayendo en el gravísimo pecado de la fornicación, no son raros los casos de madres solteras con quince o dieciséis años o aberraciones tan monstruosas como la práctica de no menos pecaminosas "interrupciones del embarazo", término eufemístico que se emplea en vez del más correcto nombre de asesinato con agravante de sacrilegio, al ser ejercida violencia contra inocentes nonatos. En fin, como no pretendo moralizar en exceso sino aportar soluciones, seguiré con mi razonamiento. ¿No creen ustedes, mis queridos lectores, que para nuestra impía sociedad sería mucho más beneficioso que esas libertinas jovencitas dieran rienda suelta a sus instintos dentro del santo vínculo del matrimonio? Es evidente que sí. Por ello, propongo que se adelante considerablemente la edad en que nuestros muchachos se casan y también la de procreación. De este modo, se matarían dos pájaros de un tiro: acabaríamos con el pecado

y promocionaríamos la natalidad sin menoscabo de las carreras profesionales de nuestras modernas mujeres liberadas. Este último aspecto creo que merece una más detallada explicación. Si el problema natalicio de nuestro país reside, sobre todo, en el deseo de las mujeres de medrar profesionalmente, lo que conduce a embarazos -escasos y premeditados- más allá de alcanzar las mujeres la treintena y, en muchos casos, próximas ya a la cuarentena, ¿qué mejor que adelantar esos embarazos a los catorce, quince o dieciséis años? Está claro que, para hacer viables estos embarazos precoces, sería necesario un enorme apoyo de la sociedad y la familia, a través de guarderías y cuidado de los abuelos –algo que ya ocurre hoy en día sin necesidad de promoción-, pero el sistema funcionaría. Estoy segura de ello. Si una chica tiene tres hijos desde los catorce años hasta los dieciséis y esos niños son cuidados por otras personas –ya sean cariñosos extraños o sus amantes abuelos y familiares- esas jovencitas serían libres de dedicarse a todas sus tareas profesionales con el mayor aprovechamiento. Estudiar y trabajar ya no serían tareas que retrasasen la maternidad. Es más, para cuando esas mujeres ya se considerasen a sí mismas realizadas profesionalmente tal vez podrían ayudar a sus ya crecidas hijas a sacar adelante una nueva generación o, mejor aún, podría hacerse responsable a su generación del cuidado de sus nietos, pues para el nacimiento de los mismos ya serían personas maduras de treinta y pico años. Si todavía se considera que a esa edad no debe nadie interrumpir su carrera profesional para cuidar retoños, aún estaría dispuesta a conceder un tercer aplazamiento para que fuera en torno a los cincuenta años de edad cuando se dedicaran a cuidar a sus bisnietos. Es más, creo que sería muy razonable establecer esa edad de jubilación obligatoria pero con la exigencia añadida de cuidar a los tiernos bebés de sus nietas. Como puede verse, de este modo todos los miembros de nuestra sociedad resultarían útiles a diferentes edades, las mujeres podrían desarrollar su carrera profesional sin descuidar sus obligaciones maternas y en nuestro país se producirían, con intervalos entre generaciones de unos quince años, numerosos nacimientos para mayor gloria del Altísimo.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de De Lego)

LA MEDICINA DEL SIGLO XXI

La medicina tradicional ha evolucionado mucho desde la época de Hipócrates. No sólo se han descubierto nuevas terapias basadas en la química y la biología, sino que también se ha descubierto que la medicina antigua también tiene su razón de ser y su utilidad.

El siglo XX ha sido el siglo del descubrimiento de la penicilina, de la traducción del genoma humano y de la medicina preventiva. Posiblemente, el siglo XXI será el siglo de la medicina natural.

A punto de entrar en el siglo XXI se reconoce la medicina china, la acupuntura en particular (siempre que la ejerzan médicos titulados) como una parte eficaz y útil en el arte de la curación. Actúa sobre el dolor, el sistema inmunitario, y sirve como anestésico local sin efectos secundarios. ¿Qué nos impide pensar que en el futuro se investiguen otros tipos de medicinas y se descubra el porqué de su utilidad? Actualmente existen muchas terapias no investigadas y desechadas a priori, aún sabiendo que tienen éxito y numerosas curaciones o paliaciones de enfermedades. Es cierto que no se debe creer en curanderos de los de pócimas de "dientes de avestruz", "rabo de araña" y "plumas de rana". Pero no se deben desechar otras terapias que tienen una preparación y base científica cuyo único delito es no tener tras de sí una investigación científica adecuada con mucho dinero invertido.

También es verdad que cualquier tipo de terapia no realizada por una persona cualificada puede ser tan peligrosa como la medicina alopática (tradicional) ejercida por un "amateur".

La fitoterapia, la dietoterapia, la homeopatía, la reflexología podal, la quiropraxis, la colorterapia, aromaterapia, magnetoterapia y otra cantidad ingente de nuevas medicinas o antiguas infrautilizadas pueden ser estudiadas, investigadas y descubiertas de nuevo para ser más eficaces siendo utilizadas sólo para aquello en lo que realmente son capaces de actuar.

Y si lo que falta es solamente investigación, ¿quién nos dice que no podamos averiguar que dentro de nosotros tenemos mecanismos interiores en nuestro cuerpo para curarnos, ayudados o no por estas u otras terapias aún por descubrir?

La psicología también se adentra como una posible terapia preventiva, paliativa y curativa, no sólo en enfermedades mentales sino también en cáncer, dolores, etc.

La respuesta a estas interrogantes la obtendremos en el siglo XXI. Quizá para el siglo que viene, estas terapias sean parte de la Seguridad Social. ¡De ilusión también se vive!

Aunque si llegamos a ser nosotros nuestros propios médicos ya no hará falta la Seguridad Social. ¡La esperanza es lo último que se pierde!

Quizá el siglo XXI sea el siglo de la medicina complementaria compuesta por todo tipo de terapias útiles, que lejos de ser incompatible o alternativas a la medicina tradicional, puedan ser usadas a la vez, de forma complementaria para permitir una vida más larga y de mayor calidad para el ser humano.

Inma Rodrigo

Hito: LOS AVANCES TECNOLÓGICOS

Me doy cuenta de que, en las últimas centurias, y a un ritmo de crecimiento casi exponencial, la tecnología humana ha sufrido un avance espectacular que ha mejorado sobremanera las condiciones de vida de alguna gente. Dejando de lado el penoso detalle de que miles de millones de personas permanecen al margen de todas y cada una de las nuevas revoluciones tecnológicas –en algunos países están o estamos ya en la enésima revolución electrónica y a muchos aún no les ha llegado ni tan siquiera la agrícola o la primera industrial-, no deja de ser curioso y sorprendente a un tiempo la forma que tenemos de aceptar tanta y tanta maravilla que ya nos parece casi mágica. La mayor parte de nosotros no entendemos en absoluto la tecnología ni la ciencia que la sustenta. Y nos da lo mismo. Puedo respetar incluso esa falta de interés, si es que la ignorancia es de algún modo respetable. Es cierto que, hoy en día, nadie puede pretender saberlo todo, ni siquiera de forma rudimentaria. Pero hay un aspecto que entiendo aunque considero imperdonable para la humanidad como especie.

La enorme revolución tecnológica, particularmente la que se desarrolla entre nosotros a ritmo vertiginoso, demuestra bien a las claras que el hombre no parece estar preparado para la tecnología. Está claro que aun hoy en día nos encontramos en un estado primitivo

de la tecnología. Tantas maravillas como somos capaces de imaginar ya hoy en día, en el futuro tal vez sean realidad. Por más que nos consideremos muy modernos, no se me escapa el detalle de que estamos casi en el inicio de esta era tecnológica. Y, si hoy en día no sólo no entendemos unos instrumentos que cada día nos hacen más poderosos sino que nuestros modos y costumbres son incapaces de amoldarse a tanta nueva tecnología, ¿cómo pretendemos asimilar las tecnologías que nos pueda deparar el futuro? La electrónica, la informática, la aeronáutica, todas las formas de la mecánica, la medicina, las aplicaciones de la genética, de la química, de la física, toda la ciencia en bloque, avanzan a ritmo vertiginoso mientras que el hombre se ve desbordado y todavía pretende vivir como siempre lo ha hecho y apela a la tradición como fuente de sabiduría vital para afrontar los nuevos desafíos. Me temo que no estamos preparados para unos cambios tan rápidos. Me temo que nuestra evolución, no sólo la biológica sino, sobre todo, la social, transcurre demasiado lenta. Y es que los tiempos avanzan que es una barbaridad. Pero el hombre sueña con quedarse inmóvil en su sitio.

EL MESÍAS DE LA PROBETA

El mundo era una auténtica porquería. Todo eran problemas sin aparente solución. La humanidad se dirigía directamente al fracaso. Última meta: la completa extinción. No eran necesarias muchas luces para verlo claro. Ante una situación así son varias las alternativas que pueden plantearse y, cómo no, cada cual se apuntó a una de ellas. Hubo quien, al más puro estilo Luis XV, exclamó: "después de mí el Diluvio" y se dedicó a disfrutar al máximo de la vida en la Tierra moribunda. Otros, con mayor conciencia social o más afectados por la situación, propusieron cambios sociales, económicos, ecológicos, políticos, cambios de toda índole que pretendían subsanar los fallos y arreglar con paciencia los problemas del mundo. Entre las voces y voluntades que proponían soluciones, la mayoría eran bienintencionadas y creían de corazón en sus propuestas. Factibles o no, casi todas tenían su punto de razonables. Como ninguna era perfecta, puesto que todas exigían importantes sacrificios inmediatos para lograr sus propósitos, todas quedaron en papel mojado y el mundo se aferró a sus sistemas tradicionales que tan claramente conducían al fracaso. Aún hubo un tercer grupo de resignados que, conscientes de la situación, dieron por

seguro que era imposible resolver los problemas y, en consecuencia, ejercieron activamente el más completo inmovilismo. El cuarto grupo era el de los optimistas o, por mejor decir, los ciegos. Aquellos que opinaban que el alarmismo era ridículo e infundado veían con malos ojos cualquier cambio y pretendían que todo siguiera tal cual porque el mundo era perfecto tal y como estaba y ninguna amenaza patente afectaría a los modos de vida tradicionales. Por desgracia para todos, incluidos ellos mismos, estos últimos parecían los que iban a salirse con la suya. Pero, por fortuna, existía un quinto grupo de piadosos creyentes que solicitaron humildemente al Eterno Salvador que ejerciera su papel a favor de la humanidad, aunque estaba claro que el género humano no merecía dicha salvación. Y, por extraño que parezca a los tan abundantes descreídos de este mundo, las plegarias de toda esta buena gente hallaron respuesta por parte de Él que, en su infinita misericordia, atendió a las súplicas y decidió enviar nuevamente a Su Hijo para salvar a sus descarriados hijitos. El Mesías del Señor estaba de camino para salvar a la humanidad de sí misma y sus errores…

La mujer acudió nuevamente al ginecólogo. En verdad, su embarazo estaba resultando tremendamente complicado. Tanta ilusión con que ella y su marido, después de tantos años de supuesta infertilidad, habían deseado aquel hijo, tantos sufrimientos hasta aquel inesperado, casi milagroso, embarazo por inseminación artificial, y ahora, tras la alegría inicial, una nueva porción de sufrimientos que parecía no tener fin.

Desde el comienzo el embarazo había sido problemático. A los inconvenientes de la técnica con tratamiento antes y durante el proceso de fecundación: el tratamiento hormonal, la extracción de los óvulos, su fertilización in vitro, se unían todas las molestias posteriores. Visto por televisión no parecía que el alumbramiento de un bebé probeta fuera tan complejo. Aunque, probablemente, el problemático era su embarazo concreto. No eran sólo los vómitos y mareos del principio ni la hinchazón de sus pies o los frecuentes dolores, ni aun las ligeras hemorragias habían sido lo peor. Hasta cierto punto podían ser normales. Muchas embarazadas padecen numerosos trastornos y no por ello lamentan su suerte. No, las incomodidades eran lo de menos y la mujer las llevaba con resignación. Lo peor era la noticia de la última revisión: el bebé era anormal. La prueba genética realizada -¿cómo la había llamado el médico? ¿Cariotipo?- era tajante

al respecto: los cromosomas del muchacho –al menos se había determinado que la futura criatura iba a ser un varón- no eran normales. Desde entonces más pruebas y ahora una nueva entrevista.

-Señora, le voy a ser sincero –anunció el doctor-. En estas condiciones se enfrenta usted a un embarazo realmente peligroso. No es sólo que el feto sea anormal. Me atrevería a asegurarle que lo más probable es que muera antes de nacer, es decir, que se produzca un aborto espontáneo.

La mujer se estremeció y algo de su apuro debió de traslucir a su rostro, pues el médico se dio cuenta de la situación:

-Lo siento, señora –continuó-, pero la situación es así: si el aborto espontáneo se produce, puede ocasionarle a usted graves trastornos, tanto mayores cuanto más avanzado esté el embarazo. Peor aún, si el embarazo no se interrumpe, le aseguró que, en el momento del parto, el riesgo de muerte tanto del bebé como de usted misma será enorme. Usted y su marido deben entender que las malformaciones del muchacho son tan graves y su embarazo tan complejo que el parto sería un momento tremendamente crítico.

Ahora la futura madre recordó nuevamente otras palabras del médico en su entrevista anterior: el muchacho tenía dos cromosomas más de la cuenta –parecían ser copias defectuosas de otros tantos normales-, las deficiencias neurológicas del futuro bebé serían notabilísimas, por no hablar de sus fallos metabólicos y fisiológicos. Y aún había un detalle más que, según el médico, tal vez explicase en parte las deficiencias. El feto no estaba creciendo ni con normalidad ni en su lugar habitual. El médico dijo que era un embarazo ectópico y, aunque la madre no sabía muy bien en qué consistía aquello, sí tenía claro que aquello era anormal y peligroso para ella misma.

-No me andaré con más rodeos. Puesto que este embarazo tiene un altísimo riesgo y aunque, en el mejor de los casos, pudiese llegar a su fin, aconsejo la interrupción del mismo para salvaguardar su propia vida en detrimento de la del feto que, vaya eso por delante, no tiene, en mi opinión, ninguna probabilidad de convertirse en un individuo normal y saludable

Aquello fue un jarro de agua fría para la mujer. Tras esperar tanto tiempo y después de someterse a infinitas torturas que, supuestamente, favorecerían la consecución de la fecundación y el embarazo, ahora, cuando por medios estrictamente naturales se había

producido el milagro y una criatura crecía en su vientre, aquel doctor le decía que su embarazo no tenía futuro y que aquel niñito en ciernes podía terminar matándola a ella misma. La mujer sintió que lágrimas de frustración acudían a sus ojos. Igual le había ocurrido cuando el médico anunció el resultado de la primera prueba. ¿Cómo podía ser Dios tan cruel con ella y su marido? Tras tanto sufrimiento y dolor, les había concedido una esperanza destinada a truncarse antes de nacer. La mujer suspiró. De nada servían esas estúpidas recriminaciones. Todo en este mundo tiene un objeto y tal vez su destino no incluía la felicidad de ser madre.

-Tendré que consultar con mi marido –le dijo al médico, volvió a suspirar y se mordió el labio inferior.

-Entiendo. La decisión, no obstante, es relativamente urgente. Cuanto más tiempo dejemos pasar, mayor será el riesgo para usted. Si le parece, háblelo con su esposo esta noche y mañana, si pueden, vengan ambos a la consulta para que pueda explicarles a los dos la situación y que así puedan pensárselo y discutirlo entre ustedes.

El médico tenía razón. Era mejor que hiciera su exposición ante los dos, pues era una decisión que debían tomar ambos.

-Una cosa más –anunció el médico con una voz seca que presagiaba lo peor-. Es muy posible que, después de un aborto como este y dadas las características del embarazo, nunca pueda volver a tener hijos.

Lo peor se había confirmado. La mujer no dijo nada más. El médico se limitó a citarlos a ella y a su marido para el día siguiente y la mujer se marchó a casa, dispuesta a esperar la llegada de su marido con objeto de poder discutir con él el asunto y, casi tan importante como el intercambio de ideas, liberar un poco la angustia de su corazón.

No hubo discusión. Las dudas que la mujer albergaba se vieron prontamente eliminadas por su marido. El hombre, que apetecía tanto como su mujer la llegada del tan ansiado retoño, tenía bien claras las prioridades y, ocultando lo mejor que pudo su desilusión ante una noticia ya casi presagiada desde la visita anterior, se mostró tajante respecto a la decisión que debía tomarse:

-Cariño, debes abortar. No estoy dispuesto a perderte a cambio de un hijo que quizá no llegue a nacer. Sé cuánto has deseado ese niño pero debemos renunciar a él.

La mujer sintió aliviada su conciencia ante las palabras del marido. Es más, sus prejuicios religiosos frente a la idea de segar una vida incipiente cedieron tras escuchar cómo su marido anteponía la necesidad de salvar una vida a la imprecisa posibilidad de permitir el nacimiento de un nuevo ser defectuoso.

Con tal convicción, la pareja volvió al médico al día siguiente. El médico no se vio en la necesidad de argumentar. Su consejo había sido aceptado. La mujer salvaría su vida y el anómalo embarazo sería interrumpido. Se rellenó un sencillo formulario y el ginecólogo propuso una nueva cita para realizar la intervención. La decisión tomada no fue fácil para los ilusionados padres, pero aquella criatura no tenía ningún futuro. O eso opinaban todos…

El pequeño feto flotaba plácidamente en la bolsa amniótica, ajeno a peligros y problemas. Era impensable que aquel diminuto protoorganismo pudiera llegar a convertirse en un ser perfecto, en el superhombre necesario para salvar la humanidad. Pero así sucedía. No padecía de ninguna anomalía cromosómica terrible, como suponían los médicos y genetistas. Era distinto a los demás hombres, era el nuevo Mesías ansiado por la humanidad para su salvación. Por eso no era igual a los demás seres humanos.

La placidez de la criatura fue interrumpida. Todo acabó en un terrible instante. El Mesías esperado no había llegado a nacer. Su pasión había llegado demasiado pronto y había resultado de total inutilidad. Ya nunca podría dedicar su vida a solucionar todos los problemas del mundo.

Nuevas súplicas fueron elevadas hasta el Supremo Hacedor, solicitando su mediación en los problemas de la humanidad, pero nunca fueron atendidas. El Mesías enviado había sido destruido, ¿iba a mandar un nuevo salvador? No. La oportunidad se había perdido y la humanidad ya no sería salvada.

Juan Luis Monedero Rodrigo

AYER SOÑÉ…

Ayer tuve un sueño. No sé si fue hermoso. Tú juzgarás si lo es cuando te lo cuente, amigo mío. Soñé que tenía una enfermedad incurable y que pronto iba a morir. Me sentí triste y desgraciada, pero no por mí, sino por la gente que abandonaba. Decidí que para sentirme mejor debía hacer algo y pensé que sería buena idea repartir en vida

algo en lo que me sentía muy rica y que era muy mío: mi cariño. Y ¿cómo repartirlo? En mi sueño lo repartí a través de besos. Besé a mis seres queridos una y mil veces y empecé a encontrarme mejor. El médico me sorprendió pidiéndome que quería estudiar mi caso. Después de numerosas pruebas me dijeron que seguía teniendo esa enfermedad incurable, pero que su nombre era "inmortalidad".

El sueño no acabó allí. El médico descubrió que a todos aquellos a quienes yo había besado habían adquirido la misma enfermedad y no morirían nunca. Cuando el médico les informó, vinieron a pedirme que besara a sus otros seres queridos, que yo no conocía, padres, hermanos, compañeros, amigos… Mi vida cambió radicalmente porque la gente me descubrió en las noticias y viajaron desde todos los países, de todas las culturas para obtener la inmortalidad. No sólo esperaban que les besara, sino que traían a sus familias y amigos. Yo besaba sin descanso porque quería darles a todos aquello que me pedían. Sólo besaba. Pero se produjo la tragedia. Personas a las que yo había besado murieron. La noticia corrió como la pólvora. Los familiares me acusaron de timadora y me persiguieron para matarme. Otras personas me defendieron y se declaró una guerra. Muchos murieron en ella.

Yo enfermé de nuevo de tristeza y de cansancio y mis seres queridos me protegieron y me besaron y con su cariño volví a recuperarme. Mi viejo y querido amigo, el médico que me cuidaba hizo un nuevo descubrimiento. No era yo quien contagiaba la inmortalidad, era el cariño que ponía en mis besos. Al besar a tanta gente, lo hacía de forma maquinal y la esencia del cariño se diluía. Me contó que para no agobiarme más, decidió que él y su familia no me perseguirían para que les besara, pero yo ya le había besado a él con alegría cuando me comunicó mi enfermedad inmortal. Él besó a sus seres queridos con cariño y con tristeza porque pensó que con su decisión les condenaba a una muerte segura y icuál fue su sorpresa al darse cuenta que todos se habían contagiado sin conocerme! Mi amigo dio a conocer su descubrimiento y se formó una tupida red como una telaraña de cariño bien entendido y la inmortalidad se extendió, pero la guerra no acabó. Todavía existían personas que no entendían el cariño, sólo la venganza, y culparon a los demás de la muerte de sus seres queridos, de la guerra, de sus problemas, enfermedades, penurias… Y las personas seguían muriendo.

Desperté sudando y sintiéndome triste y asustada. Después comprendí que era un sueño, un sueño imposible y comprensible para una joven vampiro como yo. Estoy sola, no tengo amigos salvo tú, papel donde escribo. La gente no quiere la inmortalidad y huye de mí, me obliga a perseguirles y a su vez hay hombres que me persiguen para acabar conmigo. La venganza, como el cariño, no sólo existe en los sueños…

Inma Rodrigo

Hito: LOS NACIONALISMOS

En estos tiempos modernos pocas cuestiones me resultan tan ridículas como los nacionalismos. Y si sólo fueran ridículos. Lo malo es que, en ocasiones, cuando son llevados a los más ridículos extremos de sus ridículas argumentaciones, se convierten en problemáticos y hasta terribles.

Uno llega a entender que, vaya a saber usted por qué razón, vivimos en una época de supuesta falta de ideologías lo que, dicho de otro modo, sería falta de creencias. Tanto políticas como religiosas. Uno siempre ha entendido que la gente, cualquier gente, siente un tremendo deseo de destacar, de sentirse diferente y única. También la necesidad de creer en algo. Hasta puede comprender que en esa búsqueda de identidad e ideologías algún pobre tipo encuentre en la exaltación de lo local una suerte de autoafirmación, encontrando su propia identidad en la masa de un rebaño familiar y supuestamente protector. Si uno quiere destacar, lo cual no es fácil, siempre puede sumarse a un grupo. Quizá ahí reside el éxito de los partidos de fútbol y otros "deportes de sillón", que permiten a un don nadie sentirse héroe.

No niego que el nacionalismo pueda ejercer una cierta clase de fascinación. Además de servir para delimitar pueblos con intereses enfrentados, el nacionalismo sirve para congregar multitudes hacia objetivos comunes.

Lo que no termino de entender es que, en nuestros tiempos en los que se pretende –o se debería pretender- eliminar fronteras y tender hacia un mestizaje cultural y racial, haya quien haga bandera de un nacionalismo enfermizo. Sabemos racionalmente que los grupos, cuanto mayores son, más fuerza poseen. ¿Por qué no constituir un único

grupo poderoso y solidario con toda la humanidad que, al fin y al cabo, comparte infinidad de características e intereses comunes?

El nacionalismo, como autoafirmación a través de una unidad suprafamiliar o supratribal, no ha existido siempre como tal. Esto es algo que olvidan, o ignoran, muchos nacionalistas. Es cierto que los hombres siempre han formado grupos y esos grupos se han asociado en unidades superiores hasta constituir estados. Pero no naciones como se entienden hoy en día. Ése es un invento –el peor, desde mi punto de vista- de los románticos. Antes los pueblos diferenciaban su identidad de su pertenencia a un estado organizador. Luego, tras la Revolución Francesa, se inventaron las patrias. Y ahí comenzó un nuevo tipo de problemas. Porque la agrupación nacional se utilizó como entidad discriminadora enfrentada a las demás naciones.

De ahí al nazismo sólo había un paso. Si uno considera que pertenece a una nación y que su nación es superior en algún sentido a las demás –¿por qué, si no, iba a sentirse orgulloso de pertenecer a ella?-, es fácil concluir que nuestra nación superior tiene la razón de su lado al sojuzgar a otras naciones inferiores e, incluso, al exterminar a sus ciudadanos inferiores.

Y ése es el problema: que las naciones suelen ser excluyentes y racistas. Luego uno puede tratar de justificar sus egoísmos. Puede hablar de la cultura común, la lengua autóctona o la diferente religión como argumentos en que apoyar su deseo de independencia –autoexclusión- respecto de otras unidades. Es curioso cuando, a la vez, suele tomarse como signo de riqueza cultural la variedad de sus manifestaciones en un lugar. ¡Y para muchos parece progresista y deseable negar culturas extrañas y encerrarse en las formas primitivas de la propia! Por cierto, ¿quién ha dicho que hay que conservar las tradiciones? Sólo deben conservarse las tradiciones *buenas*. ¿Cómo se creen los tradicionalistas –muchos nacionalistas necesitan serlo para argumentar sus creencias- que ha avanzado el mundo? Desechando lo que, en otro tiempo, eran respetables tradiciones. En todo caso, tales argumentos son simples excusas para enmascarar el argumento básico: cada nación tiende a pensarse superior y con derecho a someter a otros pueblos en su beneficio. El sometimiento puede ser político, económico o de cualquier índole. Y no pretende sólo exaltar esos supuestos valores patrios tan deseables para alcanzar el imposible paraíso nacionalista con el que muchos sueñan. Pretende favorecer

aspectos más peregrinos como aumentar el poder o la riqueza de la propia nación en detrimento de los representantes de las otras. De ahí el típico odio hacia todo lo extranjero como sinónimo de competidor por recursos.

Claro que, para argumentos, ninguno mejor que la pseudorreligión. Inventar mitos y satanizar al extranjero son buenos fundamentos para inventar una religión nacionalista, que hasta puede tener sus Mesías y su paradisíaca Tierra Prometida –inalcanzable, por supuesto, en presencia de extranjeros. La fe nacionalista es fanática y no atiende a razones. ¿Cómo es posible, si no, que alguien ponga por encima de su libertad, de su propia vida o la ajena, la supuesta libertad de las naciones? Por eso es tan fácil confundir fe religiosa con nacionalismo.

Y así llegamos al punto del ridículo. Pleno año dos mil. Presunta globalización económico-cultural. Conciencia de que nuestro pequeño mundo es un complejo sistema único en sí mismo y en el que no tiene sentido establecer divisiones. Conciencia de que, igual que la riqueza biológica, la variedad cultural es parte de nuestro patrimonio común. Y, sin embargo, aun sabiendo que la razón nos indica que el nacionalismo y sus variantes sólo conducen a distintas formas de destrucción, todavía medran por doquier esos nacionalismos, tanto estatales como locales, siempre contrapuestos al resto del mundo que, lo quieran o no los nacionalistas, es el mismo que ellos mismos ocupan.

Me temo que el creyente nacionalista jamás podrá razonar acerca de su fe, como suele sucederle al creyente religioso. Me temo, igualmente, que sobre este tema mi visión sea tan clara que oscurezca mis argumentos y muchos no sean capaces de ver las razones. Y me gustaría pensar que algún día los nacionalismos se acabarán o, como mal menor, quedarán limitados a simples partidos de fútbol, o de chapas, que, al menos, suelen resultar más o menos entretenidos y casi inocuos como forma de satisfacer la aparente necesidad humana de pelearse con el prójimo.

EL TRICENTENARIO DE LORD GOODSKIN

Aprovechando que el tema del presente número de la revista era el tan trillado del milenio, es decir, una celebración estrictamente cronológica, me ha parecido buena idea la de relatarles aquí uno de los viajes de un explorador británico de otros tiempos. Se trata de Lord

Geoffroy Eneas Goodskin, caballero de Medium-Bottom, un personaje bien curioso aunque casi nadie lo recuerde hoy en día. Es uno de esos personajes que vivieron en la época de los albores de la ciencia. Fue militar, poeta, político e incansable viajero. Concluyó su vida como consejero real y representante en la Alta Cámara a finales del siglo XVIII. Como sus tejemanejes políticos no me interesan, me voy a dedicar a contar uno de sus numerosos viajes y lo que en él le aconteció.

Aunque para muchos de mis compañeros no es el caso, yo estoy convencida de que Lord Goodskin fue uno de los primeros antropólogos de la historia puesto que, además de escribir divertidas memorias de sus viajes, incluía en sus textos todo tipo de observaciones antropométricas y descripciones de las costumbres locales y los modos de vida de las etnias que visitaba.

Como embajador de su país, Goodskin recorrió países tan diferentes como Turquía, Polonia o Japón, pero lo más jugoso de sus viajes se refiere a su larga estancia en tierras americanas. Lord Goodskin pasó un par de años en las colonias del norte y, durante una última etapa, actuó como secretario del gobernador holandés del Surinam. Como este cargo le dejaba muchísimo tiempo libre, aprovechó la estancia para internarse en las espesas selvas amazónicas. De este tiempo, nos dejó su libro "Viajes de un británico a las tierras más salvajes que creó la Providencia". A mi juicio es su mejor libro. Incluye descripciones de muchas tribus amazónicas, algunas ya desaparecidas. De entre ellas, la mejor es la que dedica a la etnia de los lapatanahoni, unos tipos curiosos que lo colocaron en un compromiso y que hoy ya no existen, quizá en parte debido a sus costumbres ancestrales.

Estos indígenas cuadraban perfectamente con la imagen ilustrada del buen salvaje. El propio Rousseau se habría maravillado, caso de llegar a conocerlos, de las increíbles muestras de caballerosidad y honor por parte de los Iapatanahoni. El bueno de Goodskin, pese a su flema británica y su tolerancia, pasó, sin embargo, algo más que un serio apuro entre aquellos amabilísimos indígenas.

Por lo que se deduce de los textos del inglés, nada había más humillante para un iapatanahoni que no honrar adecuadamente a un huésped y, desde el momento en que Goodskin acudió a visitarlos en calidad de amigo, los indígenas disputaron entre sí para ver quien era el que mejor agasajaba a su visitante. Todos lo invitaban a compartir sus

viandas, a habitar con ellos y, particularmente, con sus esposas. Todos querían servirle de guía e intérprete. Todos le llevaron obsequios: caza, frutas, bisuterías y adornos. Los indígenas cantaron y bailaron para él. No les faltó ningún detalle para intentar hacerle agradable la estancia entre ellos. Es más, les sobró un detalle. El detalle sobrante y aborrecible fue obra del jefe de la tribu, el valeroso Oguanapono, quien no estaba dispuesto a ser menos servicial y obsequioso que sus súbditos.

Llevando su solicitud a un extremo inimaginado, y quizá siguiendo una ancestral costumbre, extremo que no puede ser confirmado por las palabras de Goodskin, el británico fue agasajado con una ceremonia ritual consistente en un horrible sacrificio humano en su honor. Si la idea de que alguien pueda morir para animar una fiesta ya resulta demasiado espantosa para cualquier mente –sana- occidental, cuando explique, con las palabras del propio Goodskin, el final del homenaje, más de uno se sentirá descompuesto y asqueado.

Goodskin no pudo hacer nada para evitar el sacrificio. Cuando se enteró de la muerte, el pobre hijo pequeño de Oguanapono, un muchachito de apenas tres años, había sido degollado y desangrado y pendía cabeza abajo de uno de los postes de la tienda del jefe. Oguanapono, orgulloso de su gesta, le anunció que aquella noche lo asarían y se lo comerían. El jefe, que tan feliz parecía, aseguró sentirse un poco triste por la pérdida de su querido hijo, pero que ningún sacrificio era grande para honrar a su amadísimo huésped. Goodskin sintió deseos de vomitar, y éstos se intensificaron cuando, para la hora de la cena, el chico, debidamente descuartizado, sazonado y guisado, fue presentado a los miembros de la tribu para su consumo. Todos comieron con ganas y el propio Goodskin, después de encomendarse a la misericordia de la Providencia y todos los santos católicos en los que no creía, se vio obligado a probar un par de bocados y simular que devoraba las mejoras tajadas y disfrutaba enormemente del convite. El miedo a la muerte de uno mismo siempre es capaz de vencer cualquier repulsión, por grande que ésta sea. Al final de la cena, cuando todos los de la tribu se habían emborrachado con el jugo fermentado de ciertas bayas, el jefe Oguanapono afirmó, con toda naturalidad y tratando malamente de disimular su enfado, que Goodskin no era buen huésped puesto que no había correspondido a su obsequio de modo adecuado, lo cual habría exigido, cuando menos, la entrega por su parte de un brazo

o una pierna al holocausto tribal. Goodskin, simulando del mejor modo posible el sudor frío en su espalda, afirmó con vehemencia que no había querido ofender a Oguanapono sino dejarle disfrutar la gloria que merecía por su magnífico regalo, de modo que no tenía ningún inconveniente en ofrecerse para su completa evisceración a la mañana siguiente para así compensar, mínimamente, el gran honor recibido. El jefe Oguanapono se mostró tan satisfecho por la honorabilidad de su huésped que vació seis copas de licor en su honor, siendo su ejemplo seguido por todos y cada uno de los miembros de la tribu, de resultas de lo cual acabaron todos borrachos y semiinconscientes.

No es que Geoffroy Goodskin no fuera un caballero, un verdadero hombre de palabra, pero sí que apreciaba en demasía su propia existencia como para perderla por una simple discusión gastronómica, de modo que, aprovechando la embriaguez de sus amigos indígenas, puso pies en polvorosa y no se detuvo hasta encontrarse a las puertas de la residencia del gobernador. Allí presentó su dimisión en el cargo de secretario de modo inmediato e irrevocable y se dio prisa para tomar el primer barco que abandonó el país, aunque fuera con destino a Maracaibo. Desde allí, sin detenerse a realizar nuevas investigaciones antropológicas, Lord Goodskin se embarcó para Cádiz y, ya en Europa, hizo escala en Gibraltar para terminar, con gran gozo de su parte, en la mismísima Londres, dispuesto a olvidar el incidente e iniciar una nueva etapa de intrigas políticas en la corte británica.

Euforia de Lego

Hito: LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Hemos decidido que nos encontramos en mitad de la era espacial. Nos bastó con colocar a un hombre a unos cientos de kilómetros de altura sobre la superficie terrestre para afirmar, sin ningún pudor, que, por fin, el hombre había sido capaz de abandonar su minúsculo planeta. Y en esas seguimos, fascinados por la presencia de una estación espacial situada sobre nuestras cabezas.

Sí es cierto que hemos abandonado el planeta, aunque tan sólo para visitar a nuestra vecina la Luna. Y, más que por el simple deseo de explorar, lo hicimos por una disputa infantil, de esas que tanto se llevaban durante la guerra fría. Se gastaron cantidades enormes de recursos para colocar a unos cuantos de nuestros semejantes en la superficie lunar. Para algunos aquello fue ridículo. A otros, pese al

despilfarro, nos pareció magnífico. Si es cuestión de los recursos despilfarrados, ¿no estará todo el mundo de acuerdo conmigo en que más se despilfarraba y se sigue derrochando en la inútil carrera de armamentos? La carrera espacial, cuando menos, no ha provocado más muertes que las de algunos pioneros durante los, por fortuna, no muy abundantes accidentes. La carrera de armamentos…, en fin, para qué mencionarlo.

Y en esas seguimos, sólo que con menos recursos. Es decir, menos despilfarro. Ahora, en vez de poner tanta gente en lejanas órbitas, mandamos a los astronautas a trabajar en el espacio inmediato y dejamos al instrumental de sofisticadas sondas la tarea de explorar regiones más lejanas.

Pese a todo, a mí me sigue fascinando la exploración espacial. Es cierto que, después del optimismo inicial, las conquistas se han vuelto más modestas y los periodos de tiempo para alcanzarlas se han alargado. Es cierto que, en muchos casos, la exploración espacial no ha dado resultados prácticos, al menos de carácter inmediato. Claro que nadie negará que los satélites artificiales han cambiado nuestra vida. Pero, al margen de cualquier ganancia, al margen incluso de los avances tecnológicos y científicos, la exploración espacial nos ha traído dos grandes beneficios. El primero ha sido el de satisfacer uno de los mayores impulsos de la humanidad a lo largo de toda su historia: la curiosidad. El hombre está hecho para explorar, para descubrir. Y pocas cosas satisfacen más la curiosidad humana que viajar a lugares lejanos y desconocidos para descubrir sus misterios. En segundo lugar, nos ha traído la esperanza.

¿Por qué uso ese término? Porque pensar que algún día el hombre podrá vivir en algún lugar fuera de la Tierra, ya sea en nuestro propio Sistema Solar o incluso más allá, proporciona una base para el sueño humano de la perdurabilidad. Nosotros, que siempre hemos querido pensarnos únicos, tenemos ahora la oportunidad de mirar hacia otros lugares y suponer que quizá, algún día, encontremos un hogar más allá de nuestra canica azul. Que quizá, también, descubramos unos extraños vecinos que nos hagan comprender la falsedad de nuestra soledad. Que quizá, si algún día acabamos con este mundo que nos empeñamos en maltratar, podremos sobrevivir en otro lugar. Es posible que alguno piense injusto e indeseable que la humanidad, tan destructiva como ha demostrado ser, perviva más allá de este mundo

miserable pero, dejadme ser optimista. Cualquier progresista ha soñado siempre con construir un paraíso más allá de esta vida. Pues bien, pensar en el espacio como un posible hogar, representa la posibilidad de que la humanidad pueda, algún día, reiniciar su historia y darse nuevas oportunidades en las que tratar de subsanar pasados errores. Confiemos, no obstante, en que esta exploración espacial, curiosamente una de las pocas obras en que trabaja gente de muchas nacionalidades sin discutir, nos proporcione un sentimiento de unidad –a la planetaria me refiero- que acabe con tantos resquemores.

En fin, que yo, por mi parte, me dedicaré de momento a soñar con esa expedición tripulada a Marte que ya se planea para el primer cuarto del siglo que entra. ¡Ay, ojalá que este nuevo siglo sea de veras el de la era espacial!

EL ÚLTIMO PARA SIEMPRE

Como sé que tú me ignoras
a mí se me va la vida.
Me digo que no me importa,
pero bien sé que es mentira.
En un mundo de cobardes,
¿qué se hizo de los valientes?
Yo te digo que te quiero
y tú te vas para siempre.
No lo sientas que esta historia
la conozco de otras veces.
Parece que duele mucho,
pero al final no te mueres.
Y si las cosas cambiasen
y todo fuera bonito,
yo no me haría ilusiones
esperando el finiquito.
Así cuando te cansaras
podría fingirme alegre,
y al llegar la despedida
bendeciría tu suerte.
Luego, tras quedarme solo,

sabiendo que no he de verte
me marchitaré pensando
que te amaré para siempre.
Juan Luis Monedero

Hito: LA DEMOCRACIA

A alguno le sorprenderá lo que voy a decir.

Es triste que al concluir el siglo XX todavía consideremos nuestras democracias parlamentarias como la forma menos mala de gobierno. En veinticinco siglos no hemos sido capaces de superar –ni siquiera alcanzar- la forma de gobierno con la que se regían los antiguos atenienses.

¿Por qué triste?, me dirá, y con razón, alguno. Porque democracia significa gobierno del pueblo y, me temo, en nuestros días, el modo en que nos dejamos gobernar dista mucho de ser verdaderamente democrático.

Obviando inconvenientes como el hecho de que, por desgracia y mal que nos pese, en muchos casos las decisiones políticas siguen sometidas, como apuntaba el hoy desprestigiado Marx hace más de un siglo, al veredicto del omnipresente capital, o el hecho innegable de que la mayor parte de los individuos de todas las sociedades modernas -avanzadas o no- siguen votando visceralmente, engañados por políticos astutos, por campañas ladinas, publicidades engañosas, educaciones defectuosas, simple estupidez, carisma de los candidatos, tradición familiar o simple ignorancia, de un modo bien poco racional, aún me queda un argumento de más peso, a mi parecer, para negar representatividad a las democracias actuales.

En todos los países, la gente de a pie se pone el traje de demócrata una vez cada varios años –una cada cuatro en el nuestro en las elecciones a nivel nacional y, en periodos similares, a la hora de escoger representantes locales, autonómicos o europeos- y luego, una vez que los políticos han asumido sus cargos, supuestamente representativos de la voluntad del pueblo, todos nos olvidamos de que somos los auténticos gobernantes. A partir de la votación, nuestros representantes, como hormiguitas, se integran en su partido y pierden buena parte de su autonomía. El partido en el poder y su gobierno, con o sin ayuda de otras formaciones, toman todas las decisiones

pertinentes en nuestro nombre sin consultarnos previamente ni siquiera los asuntos más trascendentes o los que más no atañen, ni aun en el caso en el que tengamos una opinión firmemente asentada o conocimientos al respecto del asunto. Si esto fuera una democracia, el pueblo tendría mayor capacidad de decisión a través del voto. Votaría con más frecuencia y sobre muchos más asuntos. Y sus representantes tratarían de seguir las consignas por las que fueron elegidos como tales. Si la democracia consiste en votar cada varios años y delegar en el gobierno toda capacidad de decisión, me temo que nos estamos limitando a escoger, muy democráticamente, eso sí, unos tiranos temporales que, si no nos satisfacen, podremos cambiar más adelante –si tenemos criterio y no nos engañan- por otros aparentemente distintos, aunque sometidos a las mismas influencias y limitaciones.

Bien, pues si las cosas son así y debemos sentirnos satisfechos con el sistema actual, yo espero que en un futuro no muy lejano pueda existir una democracia más plena de la que podamos presumir, aunque sólo sea en comparación con nuestras democracias parlamentarias heredadas del siglo XIX.

MI AMIGO MAURO

Como sabía que en esta revista iban a hablar del nuevo milenio y del siglo entrante, he pensado que, puestos a comentar modernidades, nada mejor que contar la historia de mi amigo Mauro. Macho, espero que no te mosquees por lo que voy a contar de ti. ¡Quién sabe! Quizá, después de todo, este relato puede servir para volverte a situar en la palestra, o en el "candelabro" de tu amiguita.

Yo, eso de ser moderno y "estar in", la verdad es que me lo paso por el forro de los cojones. Pero mi amigo Mauro, que era de mi misma opinión, pensó que era mejor pasarse la moda por el forro de la cartera y le fue muy bien mientras no la cagó. Vamos, que el tío se hizo de oro, se trajinó a unas tías que para qué y encima pasó por genio intelectualoide y glamuroso. ¡Hostias! Que hasta llegué a tener envidia del jodido. Aunque creo que si a mí me hubiera dado por montar aquel chiringuito, me habría durado más que a él. O, si me hubiera dado por cagarla, lo habría hecho a lo grande, salpicando de mierda a un puñado de famosillos y nuevaoleros.

Mi amigo, como inútil, no tenía precio. Tenía tanto morro como yo, un papá montado en el dólar como el mío y unas ganas tremendas de divertirse. Así que, aburrido como estaba de su inactividad, el tío decidió hacerse artista. Artista total, según la jerga que se inventó y que, después de su caída, todavía he escuchado en boca de algún pelmazo del mundillo del arte.

La verdad es que sus ideas a mí me parecieron cojonudas. Como tomadura de pelo, bestiales. Y, como máquina de hacer dinero, la leche. Lástima que Mauro haya sido siempre tan gilipollas.

Su aparición en el mundillo del arte fue antológica. Hay que decir, por supuesto, que los enchufes de su padre le sirvieron para mucho. Pero luego, cuando se le abrieron las primeras puertas, el tío demostró que tenía un talento alucinante. No era un talento artístico, precisamente. Pero, camelando al personal, no había quien ganase a Maurito el Pajas –que así le llamábamos sus colegas debido a sus conocidas aficiones en solitario.

Para la primera exposición, mi amigo Mauro tuvo una idea brillantísima. Sabiendo que en el mundo del arte moderno lo más importante es ser original, hacer una chorrada y luego convencer a los demás de lo muy artística –razonablemente artística- que es, mi amigo presentó una obra que fue la bomba. Aunque hubo algún crítico que lo puso a parir y unos cuantos artistas de verdad que no se tragaron el cuento -aunque algunos le rieron la gracia y se descojonaron tanto como él-, la exposición fue un exitazo y todas las obras se vendieron a precio de oro. Cuando recuerdo el nombre genérico que le puso a la exposición, se me saltan las lágrimas de la risa. El muy cachondo, llamó a sus obras "La esencia de la humanidad". Y, ¿a qué no sabéis que mierdas incluyó en ella? Pues eso, que no lo habéis adivinado, mierdas de todo tipo. Porque el tío lo que hizo fue coger lienzos en blanco, pegar sobre ellos una foto y plantar encima un montón de boñigas diversas, casi todas ellas humanas. Luego, para darle el adecuado tono intelectualoide, cogió y preparó montajes con títulos la mar de sugerentes, casi todos de inspiración bíblica. El primer cuadro se llamaba Adán y Eva y constaba de un lienzo blanco sobre el que había pegado una foto de la selva. En mitad de ella destacaban poderosamente –visual y olfativamente- dos pedazo de mierdas que Mauro se apresuró a explicar que eran mierda de hombre y de mujer respectivamente. Un enorme par de morcillas de Burgos bien enrolladitas y puestas una al lado de la otra. Para que se

viera claramente la alegoría, puso unas cuantas hojas de parra pegadas al lado de los cagarros y se quedó tan a gusto. La segunda obra se titulaba Caín y Abel y constaba de una par de mierdas tremendas. Una llevaba un palo clavado y al lado un poquito de lana mientras que la otra estaba en buen estado –si es que se puede decir eso de una mierda reseca-, con lo que la alegoría queda bien clara. Pues así seguía toda la exposición, avanzando poco a poco con los temas bíblicos. Molaban especialmente algunas de las obras porque eran auténticos collages pestilentes. Un cuadro tenía por título La torre de Babel e incluía una bonita pirámide fétida. Otro se llamaba El arca de Noé y llevaba la foto de una barquita con varias parejitas de ñordas, algunas fácilmente reconocibles, entre las que destacaban las de elefantes del zoo, las de vaca y las de las ovejitas. Noé venía representado como una ensaimada bien rizadita y terminada en pico. Otra de mis preferidas era David y Goliat. Con una mierda chiquita junto a otra enorme en la que había incrustada una piedra. También era muy buena la de Sansón, porque mostraba una escena desértica sobre la que estaba una mierda considerable junto a una quijada de burro y todo ello estaba untado con miel. Ahora que los cuadros que más ampollas levantaron y, por tanto, fueron vendidos más caros, fueron el hermoso portal de Belén con varias mierdecillas que se consideraron auténticamente ofensivas y la escena de la crucifixión, con cruces de madera y encima lo que todos os imagináis. Vamos, que no merece la pena seguir. Mauro se convirtió en una celebridad y se hizo de oro. Luego, diciendo que no quería encasillarse, dijo que iba a cambiar de estilo.

Esto fue mes y medio después de su primera exposición. La segunda, estrictamente fotográfica, se llamó "Los orígenes de la humanidad" y sorprendió a todo el mundo, a mí incluido. El cachondo de Mauro siguió con sus juegos de palabras y, después de las esencias, ahora nos regaló una serie de enormes fotos de culos en blanco y negro que se vendieron como churros. Había culos de todos los tamaños y colores. Culos peludos, culos grasientos, culos redonditos, culos prietos, culos caídos, culos que se la empinarían a Matusalén. Vamos, todos los culos del mundo. Había fotos de parejas de culos, de tríos, de cuartetos, de equipos de culos, de ejércitos de culos. Después del éxito de la primera colección, el tío no tuvo que gastarse un duro para realizar la segunda. No tuvo que contratar modelos que posasen. Un montón de gilipichis aceptaron gustosos posar gratis para él cuando se

lo propuso. Sé de buena tinta que posaron para él cinco modelos y tres actrices de muy buen ver y que se trajinó a la mitad de ellas por todo el morro, en pleno arrebato artístico. No le critico. Yo habría hecho lo mismo si se me hubiera ocurrido. Pero no fui tan hábil y sólo pude contemplar su éxito.

No voy a seguir hablando de sus exposiciones chorras, a cuál más exitosa. Que si "La fuente de la juventud" donde ponía pichas y chochetes de gente en la flor de la vida en pleno acto de la micción. La siguiente exposición de los "empalmes", donde las pichas habían multiplicado su tamaño. Luego la quinta, en la que se puso muy serio y, bajo el nombre de "Rectas" se limitó a trazar una línea negra en cada lienzo, cada una con distinta orientación y tuvo el morro de exponer y vender todos los ejemplares. En sus mejores tiempos hasta hizo algunas esculturas –de mierda, claro está, entre las que destacaba un enorme falo más tieso que los de verdad- y un pase de modas superhortera y para masoquistas –que, obvia decirlo, fue un exitazo y no hubo modelo del que no se vendieran diez o doce trajes- ¡A que este tío era un genio! Pues eso. Pero después de otras cuantas exposiciones la cagó y de muy mala manera.

Tuvo el mal tino de enrollarse con una tía de la prensa casposa que estaba de muy buen ver pero era tonta del culo y le hizo aparecer en la prensa más amarilla. Como Mauro tenía mogollón de líos –en general de faldas- se los sacaron a la luz y el remate fue cuando se lió con la bruja esa –no lo digo por lo mala, que lo era, sino por la profesión de astróloga, adivinadora y gilipolleces por el estilo-, Margot Sagitarius que se hacía llamar. El tonto de Mauro hizo una exposición esotérica y la cagó. Fue un fracaso y se puso a toda la prensa en contra. Desde entonces no levantó cabeza. Pensó que rompiendo con la caspa del país arreglaría la situación, pero fue al revés. Como él mismo se había convertido en un casposo, al dejar de aparecer en la prensa del corazón ya no le hicieron ni puto caso. Como, además, esas relaciones le habían quitado el aura intelectualoide ante los críticos imbéciles y la gente bien que no sabía en qué gastar sus millones, Mauro desapareció del mapa de la cultura y la fama. De artista pasó a famosillo pestoso y de famosillo pasó a pestoso a secas. Y no volvió a levantar cabeza. O sea que, como dije al principio, mi amigo hizo el gilipollas y la cagó. Pero, que le quiten lo bailao. Además que, igual que él se descojonó a gusto una temporada, yo, que entonces tanto lo envidié, ahora estoy en mejor

situación que él, pues puedo seguirme riendo a gusto de todos los mamarrachos a los que él desenmascaró con su art noveau versión noventas.

Sergi Lipodias

Hito: LA GLOBALIZACIÓN

Podría ponerme a echar pestes sin más acerca de la globalización y todo lo que implica este concepto. Pero, antes de meterse con los defectos, hay que resaltar, si es posible, algunas de sus virtudes que, en un cierto sentido, pueden atribuírsele.

La globalización, ese término tan actual al que recurren por igual políticos, economistas y empresarios, parece suponer la idea de que todos los países del mundo y sus pobladores se vuelven iguales en este tiempo de comunicaciones planetarias y economía intercontinental en manos de grandes empresas.

Hay que reconocer que los abogados de este "paraíso" tienen razón en un par de "beneficios" aportados por su sistema. La globalización no es racista. Ni entiende de credos o etnias. Tampoco entra a valorar las distintas culturas o la riqueza local de los pueblos. En este sentido es ampliamente igualizadora.

Igualizadora, sí, pero también en lo malo, en lo terrible. Porque esta nueva economía global –pues la globalización cultural o de las comunicaciones es simple derivación de la monetaria- no diferencia individuos ni seres humanos. Sólo se fija en grandes cifras macroeconómicas que cuadran en los despachos de las grandes multinacionales. Es bueno aquello que proporciona grandes beneficios. Ese es el credo actual de muchos de los que gobiernan el planeta. Y no me refiero a los políticos. La economía global trata de borrar las fronteras y convertir a todo el mundo en un bonito huerto donde los ricachos del orbe, puestos de acuerdo para evitar competencias debilitadoras, obtienen sus jugosas cosechas a despecho de la salud del planeta y sus pobladores. Ahora el poder queda en manos de cuatro multinacionales que pueden administrar todos los recursos a su antojo y, para completar la jugada, convierten a los gobiernos en simples monigotes que deben seguir sus directrices, cada vez con menos capacidad de decisión sobre cuestiones económicas.

Ya no importan la justicia social, el desarrollo de los pueblos, la lucha contra el hambre, la enfermedad o la pobreza. Sólo que cuadren

las bonitas cifras de los ricachos. Claro, la economía global es más estable que las tristes economías regionales del pasado.

Cualquier sistema complejo es inestable, por eso globalizar la economía permite controlar mejor sus fluctuaciones y sus crisis, y también repartirse más a gusto el pastel entre cuatro gatos.

Con la excusa de la globalización se mata la naturaleza, se matan las culturas, se reprimen libertades, se empobrecen los pueblos, se vulneran los derechos. Mientras la riqueza de unos pocos crece, las palabras libertad, igualdad y fraternidad, que animaban a buenos hombres en el pasado, son olvidadas. La filantropía ha quedado sólo como una bonita e inútil ficción.

EL LÍMITE

La Tierra era un lugar moribundo. Y el hombre, sin duda, iba a morir con ella. Pensar que el hombre, después de los irregulares comienzos de la especie, iba a sobrevivir durante tanto tiempo ya era en sí mismo una buena noticia. Pero, al margen de su supervivencia, la existencia del hombre sobre la Tierra podía considerarse un fracaso. Tras un instante de gloria y un ascenso vertiginoso, la crisis había llegado y la especie había demostrado cuántas eran sus numerosas limitaciones. El hombre, el autoproclamado rey de la creación, se había quedado en un simio más, con cierta autonomía, cierta inteligencia, pero nunca verdadero talento. No era cuestión de ser derrotista. La afirmación no era gratuita. Todo el mundo sabía con certeza que el hombre ya no daba más de sí, lo cual no habría sido del todo malo si no hubiera existido otra gente con la que compararse.

Hubo un tiempo en el que el hombre soñaba con la conquista del espacio, con ocupar cada rincón del Universo. Hubo un tiempo remoto en el que el hombre presumía de ser un consumado explorador. El hombre requería de nuevas conquistas para sentirse bien consigo mismo. El desafío constituía parte de su existencia habitual. Conoció y ocupó su mundo y hasta se atrevió a dar pequeños saltos por el Sistema Solar, convencido de que, con el tiempo, abandonaría la orilla familiar de su propio mundo para lanzarse a la conquista de mundos lejanos en otros sistemas planetarios, incluso en otras galaxias. A la par, sus científicos desarrollaban nuevas teorías que sus ingenieros traducían en grandes obras y modernas tecnologías. El hombre era optimista con respecto de su futuro

aunque, en ciertos momentos, sentía miedo del terrible poder que comenzaba a acumular. Como niño con juguetes nuevos, temía romper el mundo entre sus manos curiosas e inexpertas.

Pero, al final de aquel instante de euforia colectiva, el optimismo positivista dio pasó a la asunción de la terrible realidad. El ritmo de los descubrimientos se fue ralentizando y los avances científicos y tecnológicos eran cada vez menos abundantes. El hombre apenas si lograba mejorar su situación ni dar el gran salto hacia lugares remotos del espacio. Seguía pegado a la Tierra, como un gusano a su manzana, incapaz de abandonarla. Seguía teniendo los mismos problemas, los mismos defectos, las mismas preocupaciones. Vivía más y mejor, pero no lo suficientemente mejor. Y, al cabo, comprendió que no daba más de sí.

Al principio se pensó que la imposibilidad era física. No había más que descubrir ni que mejorar. Se suponía que el hombre había alcanzado el límite del conocimiento material y no podía haber mayores avances. Lo que el hombre no había logrado era, simplemente, aquello que las leyes de la física y la química, las leyes de las ciencias, no permitían. Muchos, reconociendo las limitaciones del mundo y sus leyes, se sentían sumamente satisfechos, casi orgullosos de haber alcanzado la cumbre de la civilización.

Pero entonces llegaron ellos, los otros. Decenas de especies extraterrestres acudieron a visitarlo, preocupadas por el terrible frenazo a su vertiginosa progresión. Otros pueblos del espacio habían salido de sus mundos, habían avanzado en parcelas del saber desconocidas para el hombre, habían vencido a las supuestas limitaciones de la ciencia. Así se supo que las limitaciones en el avance lo eran del hombre y no del saber. Era la ciencia humana la que no avanzaba. Era el saber humano el que se había detenido, la civilización humana la que no daba más de sí. El hombre había alcanzado su límite y ni su cerebro ni su espíritu ni su esfuerzo daban para más. El límite era tecnológico e intelectual, sí, pero sólo a nivel humano.

Fue doloroso comprender que el hombre era un ser inferior, peor dotado que otras muchas especies. Un ser apenas inteligente, un simio hábil pero no suficientemente hábil ni lo bastante listo para conquistar el espacio y relacionarse con la gente de verdad inteligente que poblaba el Universo.

Algunos quisieron aislarse de esa realidad y florecieron las religiones y pseudociencias. Pero la verdad es que el hombre se sentía humillado. El Rey de la Creación era un don nadie incapaz de ir más allá.

Llegó el día en que no hubo ningún descubrimiento más, ninguna idea nueva. La evolución del hombre había llegado a su término. La especie humana no podía dar más de sí y tan sólo le quedaba aguardar su extinción. Ninguna especie superior la sustituyó, ningún grupo humano logró trascender ese límite que convertía al hombre en una mediocridad sin futuro. Sólo existía el pasado y en él no había luces tan brillantes como las de los extraterrestres que le demostraban que el límite del progreso, en realidad, no existía como tal sino para el hombre, la pobre criatura de la Tierra. El orgullo del hombre había muerto, pero todavía se sucedieron miles y miles de generaciones de humanos derrotados, conscientes de sus carencias pero incapaces de superarlas. Conscientes pero que sólo podían seguir con sus vidas e ignorar el hecho de que no tenían futuro. Esperar, quizá, que un día alguien superase la barrera. Pero no fue así. La Tierra estaba a punto de morir y con ella todos los demás planetas del Sistema Solar. El Sol comenzaba a inflamarse en rojo y la patética vida de las criaturas a las que alumbraba iba a tocar a su fin. Si el hombre hubiera superado el límite podría haber huido. Ningún alienígena se ofreció para salvar a los hombres. En realidad no lo merecían, y ninguno habría querido escapar de la Tierra como simple mascota de un ser inteligente. Por eso la humanidad estaba condenada a su destrucción. El fin del mundo estaba muy cerca. El final del límite sería el final de la humanidad.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Hito: LA GUERRA DE SEXOS

Estamos tan acostumbrados a vivir en conflicto que hemos extendido la guerra hasta las relaciones entre hombres y mujeres. Más que una guerra se trata de una revolución cultural, una de las pocas que pueden recordarse a lo largo de toda nuestra historia. Antes las mujeres no sabían que debían librar una batalla contra los hombres. No entendían que tenían derechos ni que debían luchar por alcanzar una igualdad legal, laboral, política, con los hombres. Por suerte para ellas, lo descubrieron a finales del siglo pasado y desarrollaron su lucha

desde los albores de este siglo que termina. Algunos hombres asumieron el cambio como algo justo y natural. Otros, retornando mentalmente a una caverna de cazadores, sintieron que algo muy muy malo estaba sucediendo.

Ellos se dieron cuenta de que había privilegios que defender y ellas comprendieron que debían contraponer el feminismo al machismo masculino. La guerra produjo numerosas bajas y muchas heridas y odios difíciles de cicatrizar. Pero, aunque la fuerza estaba del lado de los hombres y sus privilegios, por una vez la constancia de las mujeres tuvo su premio en la justicia de la evolución natural de los tiempos.

Poco a poco, a muy distinto ritmo según los países y las culturas, la igualdad entre hombres y mujeres se convirtió en un hecho. Era claro que los hombres y las mujeres tenían diferencias anatómicas, fisiológicas y de carácter, pero igualmente claro estaba que ambos sexos, toda la humanidad sin excepción, merecía los mismos derechos y deberes, sin que ningún tipo de discriminación tuviera el menor sentido. De tal modo que, de un modo natural, y tras los violentos enfrentamientos iniciales, la igualdad entre los sexos se convirtió en un hecho.

Sinceramente, me gustaría que la narración anterior, que tan bonita suena, se convirtiera en un futuro no muy lejano en una realidad para todas las mujeres de todo el mundo. Por desgracia, me temo que todavía deberán luchar. Y, por desgracia para los hombres entre los que me incluyo, me temo que habrá una fase en la que las mujeres superen a los hombres, siquiera por el afán de lucha que vienen demostrando para alcanzar esa igualdad, y es muy posible que intenten vengarse por lo que las hemos hecho padecer. Entonces seremos los hombres los que pediremos igualdad. Espero que, finalmente, la bonita narración anterior se convierta, con toda naturalidad, en una realidad.

Hoy me muero. Con la noche. Pienso que mañana resucitaré. Pero sé que aquel que se levante no seré yo. Cada día morimos y renacemos, pero ya nunca somos iguales. Cada día es el fin del mundo; el nacimiento de un nuevo mundo, de un nuevo yo. ¿A qué viene hablar de un año del fin del mundo?

Hoy, El temible burlón,
Mañana, *The crimsom pirate*.
Siempre, algún tipo de yo

ACERCA DE LA GRANDIOSIDAD DEL TERRITORIO PATRIO TAN FALSAMENTE PUESTA EN ENTREDICHO POR APÁTRIDAS, TRAIDORES, EXTRANJEROS Y NACIONALISTILLOS PERIFÉRICOS DE VÍA ESTRECHA

Este ensayo parte de un único objetivo: demostrar a través de la prueba irrefutable y objetiva que nuestro país, la gloriosa España que nos legaron nuestros visionarios antepasados que hoy son denostados por los más pérfidos chupatintas y politicastros que, en su prepotente ignorancia, se atreven a autodenominarse padres de la patria, es, y debe, por tanto, considerarse, el país más grande de Europa. No voy a discutir en un terreno tan lodoso e inestable como el de la grandeza histórica, cultural o científica. Pese a que en tales facetas estoy convencido de la suprema superioridad hispana, no sólo en el contexto europeo sino mundial y aun galáctico, admito que mis argumentos, aunque racionalmente intachables, podrían ser acusados de subjetivos. No, no voy a dar al enemigo la posibilidad de negar mis evidencias. Pretendo demostrar que la superficie que abarca el territorio de nuestro egregio país supera con creces la de cualquiera de los otros países tradicionalmente antepuestos en extensión al nuestro. He dicho y paso a demostrar:

MI teoría de la planificación orográfica, amén de una serie de consideraciones acerca de otros países, demostrará, fuera de toda duda razonable, que España es el país más grande de la vieja Europa. Como no pretendo emular a mis detractores, que se limitan a negar mis argumentos con el ridículo peso de una autoridad no argumentativa a su vez ni, por tanto, objetivizadora de la experiencia demostrativa, pasaré a describir las pruebas y razones que apoyan mi afirmación que, lo sé, ha debido resultar apriorísticamente gratuita, pretenciosa y ridícula para todos esos pensadores de pacotilla que sólo saben de la existencia de las neuronas y los circuitos cerebrales a través de la representación de las ajenas en bonitas láminas de colores impresas en papel satinado.

Todos estaremos de acuerdo en dos puntos: para ser el país de mayor extensión de Europa, la luz de la civilización occidental y mundial, es necesario pertenecer al territorio europeo y poseer la máxima extensión dentro del mismo. Pues bien, seguidamente delimitaré la condición europea y demostraré la grandiosidad hispana (si fuera posible, me gustaría extender el término a la grandiosidad

panibérica, la cual requeriría incluir en un mismo lugar a nuestra madre patria, a los hermanos lusos y al fragmento robado por la pérfida Albión, pero ese es tema para otro ensayo de mayor calado filosófico y moral).

Se dice, habitualmente, que el país más grande de Europa es Rusia. Se trata de una falsedad. Es cierto que, por tradición, se considera que Europa acaba en los Montes Urales y que Rusia posee una parte europea y otra asiática. Pues bien, considero que, en cuanto a la pertenencia continental, cada país sólo puede estar en un continente, de modo que me parece de todo punto razonable expulsar a los rusos al continente asiático ya que la porción de su país perteneciente a dicho continente es mucho mayor que la supuestamente europea. Por otra parte, igual se hace con Turquía. Aunque tiene un trocito europeo, siempre ha sido el Asia Menor.

Hasta hace poco tiempo, el siguiente razonamiento no sería necesario, pues el segundo país en extensión ni siquiera existía. Se trata de Ucrania. Es cierto que es un territorio netamente europeo y de considerable extensión. Pero, ¿es realmente un país? Cualquier ucraniano diría que lo es efectivamente, puesto que constituye un estado independiente. Pero yo no lo veo tan claro. Ucrania siempre fue parte inseparable del Imperio Ruso. Fue ese nombrado principado de Kiev que no sólo fue patria de emperadores sino que constituyó el germen de la nación rusa. De modo que, ateniéndome a motivos históricos, excluyo a Ucrania de Europa, la sitúo en Rusia y, por tanto, en Asia.

Así las cosas, el único país europeo mayor que el nuestro, usando las mediciones actuales, es Francia. Pero, siento anunciar a los señores gabachos que pronto se les terminará esa primacía.

Alguno me dirá que también Dinamarca posee mayor territorio que el nuestro, contabilizando su isla de Groenlandia. ¡Ay, listillos! En todo caso, si quieren, que saquen a Dinamarca de Europa. Olvidan que la isla helada pertenece a Norteamérica, igual que las posesiones de ultramar de nuestros vecinos se encuentran en otros continentes. Ahora bien, jamás consentiré que nadie pretenda excluir del territorio patrio nuestras queridas Islas Canarias ni nuestras ciudades e islas norteafricanas. Esas posesiones acompañaron a España desde el momento de su fundación y son parte inseparable de nuestro territorio. Es más, puestos a incluir posesiones, aún podríamos contabilizar la

escasa extensión del minúsculo Gibraltar. En fin, puesto que no quiero polémicas, si quieren los más recalcitrantes de mis detractores –que serán sin duda franchutes de m…, con perdón-, estoy dispuesto a usar en mis cuentas sólo el territorio peninsular y balear.

¿Cuál es mi incuestionable teoría que otorga a España la prioridad absoluta en cuanto a extensión geográfica europea? La magníficamente ideada y razonada teoría de la planificación orográfica, principio de una nueva ciencia topográfica que se extenderá por todo el orbe arrojando luz sobre millones de mentes abocadas, hasta mi aparición, al obscurantismo más incapacitante.

A la hora de determinar la extensión geográfica de un territorio, todos estaremos de acuerdo en medir su superficie y, de ese modo, asignar valores objetivos. Pues bien, mi gran descubrimiento, y base de mi incuestionable teoría, es el hecho innegable de que tales estimaciones se hacen partiendo del punto de vista plano y sin tener en cuenta, por tanto, el hecho notable de que nuestro mundo, también a nivel superficial, es tridimensional. Es decir que, desde mi novedoso punto de vista, las estimaciones de superficie deberían tener en cuenta las incuestionables diferencias orográficas en las cuales, obvia decirlo, nuestro país sale notablemente beneficiado. Nuestra España tiene más montañas que cualquier país europeo con excepción de la pequeña Suiza. ¿Por qué –me pregunto y con ello trato de forzar la mente del lector a imaginar el cuadro- nuestros geógrafos hacen mapas planos en lugar de reflejar las laderas y cuestas de los montes? ¿Acaso no tendrían las montañas mayor superficie, contando sus solanas y umbrías, que las simples llanuras? Igual sucede con los valles. ¿Acaso una hectárea de terreno en pendiente deja de ser una hectárea? Sinceramente, no. Y, si uno mide sus prados teniendo en cuenta esas pendientes, ¿por qué debe excluir la mitad de sus terrenos de los mapas, como si el hecho de sacar una fotografía plana y aérea describiera la superficie del terreno mejor que las medidas de a pie?

Señores, es claro que, si medimos el terreno de nuestro país considerando las diferencias topográficas de los montes y valles, la superficie de España aumentará considerablemente, superando, al cabo, con creces la del país de los gabachos. Ellos con sus trozos de Alpes y Pirineos, y su miserable Macizo Central, nunca podrán igualar la superficie útil de nuestro país. ¿Que su terreno es más llano y, según los lugares, fértil? Pues sí, pero nosotros, con nuestras cuestas y valles

de montaña superamos a la ancha Francia en superficie, motivo que ha de ser de orgullo para todos los españoles al convertir a nuestro país en el de mayor extensión del continente.

Con algún ejemplo, el concepto recién introducido quedará más claro: imagínese que va a calcular la superficie de cualquiera de nuestras provincias. Por el método tradicional, la medida se hace a vista de pájaro, como si se viera desde arriba y el terreno fuera plano. Con eso volvemos plana una montaña, cuando está claro que la superficie de sus laderas en pendiente es mayor que la que refleja una simple vista desde arriba. La corrección orográfica podría añadir a la extensión cientos e incluso miles de kilómetros cuadrados, dando una imagen más real de la extensión existente. Imagínese que usamos idéntico procedimiento para todas nuestras provincias. No he hecho el cálculo definitivo, puesto que las matemáticas no son mi mayor especialidad y el globo terráqueo que heredé de mi abuelo Chindasvinto –el que adquirió cuando regresó de la segunda guerra carlista, en la que fue herido defendiendo al pretendiente- no me parece lo bastante preciso para hacer mediciones, pero estoy convencido de que la extensión patria de, poco más o menos, medio millón de kilómetros cuadrados, ascendería hasta los casi setecientos mil que nos pondrían a la cabeza de Europa. Si no, hágase una maqueta a escala de la península y refléjense en ella nuestras montañas. Ahora tómense todas las cordilleras y extiéndanse sobre un plano respetando las medidas originales. Extiéndanse nuestro Pirineos, nuestras Béticas y Penibéticas, el Sistema Central, la cordillera Ibérica, la Cantábrica, Sierra Morena, los Montes de Toledo, el Macizo Galaico, las cordilleras Catalanas y todas las sierrecillas que pueblan todas y cada una de nuestras provincias…

¡Ah! ¡Ancha es Castilla!, como decía el filósofo. ¡Y enorme España al completo! Consentiré que las futuras generaciones exalten mi teoría de la planificación orográfica y mi propio nombre a la par que glorifican la grandiosidad de nuestra España.

Gazpachito Grogrenko

(patriota, geógrafo, geómetra y abanderado del nacionalismo ibérico y nacional catolicista carlista de más rancia raigambre y más puro abolengo)

FOTOS Y MELANCOLÍA

Una persona optimista suele mirar hacia el futuro con la esperanza de que la situación siempre sea mejor que la actual o, como poco, de que no empeore. Una persona optimista suele vivir el presente y pensar en el futuro, mientras que sólo retrocede hasta el pasado, reciente o remoto, por simple curiosidad o diversión, consciente de que no sirve de nada retornar al pasado en busca de soluciones.

Como buen optimista que se consideraba, la anterior había sido durante mucho tiempo una de las máximas de Iván. Obviamente, si se hace notar aquí ese detalle es tan sólo como excusa para hacer referencia a una de las pocas ocasiones en que no fue tan optimista y volvió su mente hacia el pasado en busca de recuerdos un tanto olvidados. En realidad, sería más correcto decir que fue el pasado el que vino a visitarlo, en la forma de unas fotos olvidadas, y le trajo recuerdos a los que luego volvió con un espíritu entre melancólico y desesperanzado.

Como tantos asuntos relacionados con la melancolía y la tristeza, éste del que ahora hablamos tiene su base en una historia de amor, o más bien de desamor, pues de desamor son todas las ilusiones amorosas que no llegan a buen término. De la siguiente historia ni siquiera está claro que se pueda decir que es amorosa, puesto que no hubo relación de amor, pero como sí hubo deseo, y existió esa característica vehemencia sentimental, no es descabellado referirse a ella como historia de amor, o de desamor, según se prefiera.

En fin, como introducción baste decir que, tiempo atrás, Iván había creído estar enamorado de Carmen. La creencia es difícil siempre de confirmar, y más en asuntos de amor, en los cuales, faltan las pruebas materiales que siempre son dudosas y, en todo caso, llegan más tarde. Pero, si a Iván le hubieran pedido una explicación para la emoción que sentía al encontrarse con Carmen, para los nervios, el sudor, la sequedad en la boca, la estúpida alegría tras un encuentro, habría tenido que admitir la realidad del enamoramiento.

Fue bastante tiempo atrás. Cuando los presentaron durante unas vacaciones y compartieron grupo de amigos y salidas en común. Fue en la playa, en el típico ambiente estival que favorece relaciones superficiales y sin compromiso. A Iván, primeramente, le deslumbró el

aspecto físico de Carmen. No es que fuera una belleza, no al menos de las que deslumbraban a la mayoría de los hombres. Pero él, a través de la profundidad de sus oscuros ojos, había vislumbrado algo especial, quizá el comienzo de su propia obsesión.

Ése era el término más adecuado: obsesión. Porque, desde el momento en que María, la amiga de Jose, se la presentó, Iván se quedó fascinado por ella. Luego, cuando la conoció un poco mejor –tanto como pueden permitirlo unas cuantas tardes de playa, y las noches de terraza y discoteca, Iván se convenció de que la muchacha era tan encantadora como él había intuido. Fuera así o no, ya era demasiado tarde para Iván. A un joven impulsivo como él le habría resultado ya muy difícil diferenciar sus expectativas de la realidad.

El caso es que salieron en pandilla durante un par de semanas. Sólo entonces Iván, con la confianza que da el trato, se había atrevido a invitarla a salir con él a pasear o a tomar algo. La primera vez, ella, un tanto sorprendida, le dijo que aquel día no podía. Tenía cosas que hacer, fundamentalmente un par de recados para su abuela enferma. La excusa parecía plausible y había sido esgrimida con tanta naturalidad que Iván no se sintió rechazado. De modo que lo intentó en una segunda ocasión. Aunque no le descubrió los urgentes deseos que albergaba en su corazón, estaba seguro de que Carmen sabía que su interés iba más allá de una salida casual. Y, en aquella segunda ocasión, Iván la sintió incómoda. Buscó otra excusa –algo indeterminado sobre una cita previa- para, finalmente, rechazar la invitación. Iván, por su parte, se sintió un poco descorazonado, más por la actitud que por la respuesta. Pero, como hombre fiel a las máximas, no quiso dejar de comprobar aquella de que a la tercera va la vencida y volvió a intentarlo. En esta ocasión, Carmen terminó por decirle que ya tenía otro ligue. Iván no dudó de su palabra, aunque luego Jose le dijo que, por María, sabía que Carmen no tenía ningún noviete ni similar. Podía suceder que el ligue desconocido fuera cierto. En todo caso, lo que sí estaba claro, al menos para Iván, era que el interés de aquella chica por su nuevo pretendiente era nulo. Conque Iván, decidido a superar el rechazo como se supera cualquier enfermedad leve, decidió autoimponerse un periodo de cuarentena y pasó varios días solo y sufriendo en silencio, como otros con cualquier afección, su mal de amores.

Después, cuando se sintió lo bastante recuperado, volvió a integrarse en el grupo, del cual seguía formando parte Carmen. Trató de comportarse con ella como con cualquier otro y evitar, como mejor pudo, la incomodidad que le provocaba la situación.

De aquel modo, el resto de las vacaciones transcurrió tranquilo y relativamente divertido. Incluso llegó a intimar con Carmen más que antes de las invitaciones. Le parecía que ella, al no sentirse incómoda ni presionada, aceptaba su compañía, de simple amigo, con cierto agrado. El grupito frecuentó playas y chiringuitos, realizó algunos viajes y diversas salidas nocturnas. Pero, como muchos grupos de verano, se disolvió con el final de las vacaciones.

Parecía un punto y final. Iván no volvió a saber de María, Carmen ni ninguno de sus amigos de temporada. Sólo mantuvo el contacto con Jose, viejo amigo del barrio que con el tiempo llegó a convertirse en íntimo. Y fue precisamente por Jose por el que, al cabo de varios años, la ya olvidada Carmen volvió a su recuerdo.

Cuando ya habían pasado los tiempos de las pandillas veraniegas y ambos amigos tomaban las salidas nocturnas como un descanso de las tensiones del trabajo, Carmen retornó a la vida de Iván.

Fue casi por casualidad. Y en un mal momento. Iván había roto con Clara hacía apenas dos meses y se encontraba un poco desanimado, sensible a cualquier emoción. No lo demostraba, puesto que, como buen optimista, era de los que piensan que las penas son menos si se las ignora y se sigue adelante con la vida. Pero cuando Jose, medio riendo, le entregó un sobre con fotos, poco imaginaba lo que se iba a encontrar,

-Tío, nunca imaginarías de cuándo son estas fotos –le anunció.

Iván abrió el sobre y extrajo las fotos. Eran de hacía casi cuatro años, del último verano de playa y pandillas.

-Resulta que tenía el carrete por casa sin revelar desde entonces. Fue el último y se quedó sin terminar en la cámara vieja. Nunca la volvimos a usar. Ni sabía que existía y no recordaba las fotos. Cuando lo llevé a revelar, más por curiosidad que por otra cosa, me encontré con esto.

"Esto" eran varias fotos en las que aparecían la familia de Jose y sus amigos: Iván, María,… Carmen. Verla le trajo algunos

recuerdos agradables y una sensación de melancolía que se incrementó al comprobar un pequeño detalle que casi le pasa desapercibido en un principio.

Había seis fotos de la pandilla y Carmen aparecía en cuatro. De ellas, en tres estaba también Iván. Por lo que este último podía recordar, aquellas fotos eran del final de las vacaciones, poco antes de despedirse. Y lo más curioso era que en las tres ella miraba fijamente en una misma dirección, que no era otra que aquella en la que se encontraba el bueno de Iván. Observando las fotos con detalle parecía claro que la mirada de Carmen estaba fija en un despistado Iván. Y en aquellos ojos parecía leerse deseo. ¿O eran simples imaginaciones de Iván? No.

-¿Has visto? La tía esta, ¿cómo se llamaba?, se te comía con los ojos.

Se llamaba Carmen y lo había rechazado. O eso le pareció a Iván. Aunque ahora no lo veía tan claro. ¿Quizá había ido demasiado rápido? Posiblemente. Ahora Iván recordaba algunos detalles olvidados. Risas de Carmen que le pasaron desapercibidas, su constante presencia a su lado durante los últimos días. Y una frase largo tiempo olvidada, réplica de otra nunca recordada, cuyo sentido se le escapó y le pasó desapercibido: "Un día de estos tenemos que hablar seriamente tú y yo". Luego Carmen se tuvo que marchar precipitadamente. María dijo que su abuela se había puesto mala o algo por el estilo. Y el bobo de Iván, un Iván cuatro años más joven y más bobo, no se había enterado de nada. La bellísima y encantadora Carmen había desaparecido de su vida para siempre sin que él se hubiera dado cuenta de nada. Tan imbécil fue que, aunque lamentó no haberse despedido, casi se alegró de perderla de vista para así poder recuperarse de lo que él consideraba un planchazo. Le costó unas semanas y luego no volvió a pensar en ella. Aunque en ciertas ocasiones la recordó con amabilidad, porque las penas del pasado, una vez superadas, siempre parecen menos dolorosas.

Hasta ahora. Cuando Iván se sentía triste y solo, reaparecía Carmen y su corazón, tan estúpido es, volvía a latir ante su simple recuerdo y la realidad de esas fotos que le demostraban que Carmen sentía un cierto interés por él. Y ahora que ella había desaparecido volvía a añorarla, sabiendo que había perdido toda posibilidad. Porque el tiempo transcurrido era tanto que ella ya lo habría sustituido en su

corazón una y mil veces. Lo mismo hasta tenía novio formal y estaba casada o casi. Y, aunque Iván hubiera tenido una mínima oportunidad de conquistarla todavía, quedaba una dificultad insalvable. De ella no conservaba su teléfono ni su dirección. Sabía que, como él, vivía en la populosa Madrid. Encontrarla sería como hallar una aguja en un pajar. Ni siquiera sabía su nombre completo. Era tan sólo Carmen, la chica de la playa. Y no había posibilidad de recuperarla. Iván nunca había vuelto a aquella costa y ella también solía ir a otro lugar, que Iván tampoco recordaba con exactitud. La pérdida era, por tanto, del todo irreparable. Y aquellas malditas fotos, tan enternecedoras, eran un simple castigo a su estupidez, a su falta de sensibilidad y de capacidad de observación.

Con un asomo de tristeza, le dijo a Jose, que, al parecer no lo sabía, que aquella chica le había gustado de veras pero que nunca había logrado una cita con ella. Le devolvió las fotos y esperó no volverlas a ver nunca más. De él se apoderaba una sensación extraña. La ocasión perdida, el amor perdido, la inevitable ausencia de Carmen en su vida futura, en su triste vida actual, le hacían sentirse melancólico y más solo todavía. Pensó que la ignorancia, en ese caso, era mejor que esos sentimientos confusos e inútiles. Pero, por otra parte, se sintió vivo, presa de un dolor inútil ante una pérdida antes desconocida y hoy irrecuperable. Él, tan optimista como se creía, se vio saboreando su propio abatimiento con una sensación agridulce. Pero, enseguida, se repuso de ella. Le bastó con repetirse, una y otra vez, aquella otra máxima de que "el agua pasada no mueve molinos". De nada servía mirar al pasado para resolver el incierto futuro. Aunque, en el fondo, sabía que sí existía una cierta utilidad que nunca había comprendido: también uno puede encontrar en su propio pasado aspectos que nunca vio y que hoy le hacen cambiar su percepción de la realidad. A eso se le llama aprender del pasado. Y una persona optimista, aunque se pase unos cuantos días soñando con el imposible amor perdido de una chica llamada Carmen, debe saber que la mayor utilidad del pasado es que, si uno lo observa del modo adecuado, puede descubrir en él los errores y accidentes que no deben repetirse en el futuro.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR FANTASMA
(el cargo sigue siendo honorario y está vacante)

Por falta de cartas y necesidades estrictamente económicas nos hemos visto obligados a incluir la siguiente nota publicitaria (que los mentecatos del anuncio pretendían colarnos sin desembolsar un miserable duro):

PROGRÁMEME LA VIDA

Esta será la frase de moda durante mucho tiempo a partir de ahora. *Happy Life,* la organización a la que representamos, se compromete a hacer sus sueños realidad desde este preciso momento. ¿Cómo? No sea impaciente, querido lector y futuro cliente, nuestra explicación, clara y concreta, le convencerá de la necesidad de contactar con nuestra empresa para mejorar su calidad de vida.

La organización Happy Life Incorporated, Notsocool (Arizona State) es una entidad filantrópica sin ánimo de lucro (sólo pretendemos compensar nuestros gastos con sus donativos) cuyo único objetivo es facilitar la existencia a los millones de personas que en todo el mundo se lamentan de tener una vida gris, monótona y sin sentido. Si es usted uno de aquellos que aún no han encontrado su camino en esta vida, Happy Life inc. es la solución a todos sus problemas. Envíenos sus datos y un listado de sus hobbies, preferencias y habilidades y nosotros le cambiaremos la vida. Nunca más se quejará de la falta de objetivos. Happy Life se los proporcionará para que pueda gozar de una existencia plena y feliz.

Muchos hombres y mujeres activos y entusiastas se encuentran con que, llegado un momento de sus vidas, no saben en qué emplear su tiempo. No hay nada que los motive, no tienen expectativas y no hacen planes para el futuro. Se ven abocados al aburrimiento y a la más terrible monotonía. No saber qué hacer es una enfermedad que puede terminar por socavar los cimientos de su vida.

Pero todo esto ya pasó a la historia. Con Happy Life inc. la vida volverá a adquirir para usted el hermoso color rosa con que siempre ha deseado pintarla. Cualquier color, en realidad, puesto que el método Happy Life se adapta a cualquier tipo de peticiones.

¿No sabe qué hacer con su vida? ¿Le asusta lo que pueda depararle el futuro? ¿Teme la posibilidad de caer en el vacío de la monotonía y el sinsentido? ¿Teme lo imprevisible a la vuelta de la esquina? No se apure, querido amigo. Llámenos ahora mismo y nosotros solucionaremos sus problemas de hoy para siempre.

El método Happy Life se basa en la elaboración de un completo programa de actividades con el que podrá rellenar todos y cada uno de los huecos de su existencia y evitará la llegada de esos incómodos instantes de duda. Happy Life inc. ha ideado toda una serie de ayudas programadas para que usted nunca vuelva a sentirse solo frente al vacío de una existencia impredecible. Según cuáles sean las necesidades determinadas a través del análisis de las respuestas a nuestro test de recepción*, la Organización Happy Life le proporcionará, a cambio de un pequeño porcentaje de sus ingresos** , la solución definitiva a todos sus problemas. Nuestros asesores determinarán cuál es el empleo más adecuado para usted, lo buscarán en su nombre y encontrarán uno a su medida. Si no está casado, le buscarán la pareja ideal y le asesorarán sobre su vida matrimonial y las actividades lúdicas, profesionales y de convivencia, más adecuadas para su respectivo desarrollo personal. Si ya está casado, nuestra organización analizará sus perfiles para indicarles los cambios de personalidad más adecuados para lograr la completa armonía. Happy Life le enseñará cómo educar a sus hijos, ¡y hasta cómo llamarlos!, evitándole así el engorro de buscarles nombre. Happy Life le dirá cómo vestirse, qué películas ver en el cine o qué programas de televisión le dejarán más satisfecho. Happy Life le programará su horario de trabajo y de ocio. Si así lo desea, le proporcionaremos frases con las que entretener a sus amigos y familiares, ¡y hasta conversaciones completas con las que romper el incómodo silencio de la rutina! Happy Life le dirá cómo y cuándo irse de vacaciones, cuál es el mejor plan de pensiones, qué médicos debe visitar y cuál es la dieta que más le conviene seguir. Le dirá qué comer cada día, cuándo dormir, qué casa debe comprarse y cómo administrar su dinero. ¡Happy Life Incorporated le programará todas las facetas de su vida para evitarle cualquier duda o incomodidad! Con Happy Life diga adiós a las preocupaciones y sea feliz. Esa será su única ocupación desde ahora: disfrutar de su vida armoniosa durante las veinticuatro horas de todos los días de su existencia. ¿No le parece maravillosa nuestra propuesta?

Ninguna persona en su sano juicio podría resistirse a una oferta como esta. Así que no lo dude y llame hoy mismo a nuestro teléfono de contacto en su país, escríbanos una carta o póngase en contacto con nuestras oficinas por medio del moderno correo electrónico. La felicidad le espera a la vuelta de la esquina.

Teléfono de contacto: 999 999 999 666 666 666

Dirección de correo ordinario: Happy Life Incorporated. Notsocool, Takeachcent County, Arizona, U.S.A.

Dirección e-mail: *happy_life.cab_estro.com*

*Al contactar con nosotros le será enviado el famoso test *Foolsdontcry* de setecientas ochenta y cuatro preguntas elaborado por el famoso profesor de la universidad de Princeton.

**Las bases del contrato de inscripción le serán enviadas cuando formalice su ingreso en nuestra organización. Dichas bases son de dominio público y se encuentran expuestas en nuestras oficinas centrales en Notsocool, Arizona.

Esta ha sido una promoción informativa de la organización Happy Life Incorporated con sede social en Notsocool, Takeachcent, Arizona que esperamos haya sido de su agrado. Piénselo seriamente: sólo se vive una vez. No desperdicie su vida entre la duda y la frustración. Está a tiempo de unirse a nuestro proyecto.

EPÍLOGO

Ya ha concluido un nuevo milenio. Podíamos haber escogido cualquier otra forma de medir el tiempo, pero lo cierto es que han de transcurrir unas cuarenta generaciones para que otra gente pueda celebrar una fecha tan señalada dentro de mil años.

Como cifra no significa nada. Como símbolo sí. Estamos en un año que se veía hace no mucho tiempo como signo del futuro, del avance del ser humano. Por desgracia, no hemos avanzado demasiado en muchos aspectos de nuestro modo de vivir, mientras que en otros evolucionamos demasiado rápido. Deberíamos acompasar todos nuestros ritmos. Y deberíamos replantearnos, antes de que sea demasiado tarde, cuál es el mundo en el que queremos vivir.

Como símbolo que es, podríamos tomar este cambio de milenio como un buen momento para iniciar un cambio de vida. Para corregir nuestro rumbo y, en una especie de revolución de los corazones, o del cerebro que los contiene, tratar de construir, de un

modo racional y justo, un mundo mejor para todos. De ello quizá dependa que podamos celebrar un tercer milenio o que merezca la pena celebrar nuevos aniversarios de nuestra locura. Aún estamos a tiempo de conseguir que el título de esta revista no se convierta en presagio agorero de una realidad que nadie desea.

EL PUNTO Y FINAL

¡Hemos llegado al número diez! Confiemos en estar tan sólo al comienzo de nuestra andadura. Esta revista, como todas, no sería nada sin sus lectores. A todos os agradecemos vuestro apoyo, a muchos también la fidelidad. Pero, puestos a agradecer, es necesario que transmitamos nuestra más sincera gratitud a nuestros colaboradores de esta nueva edición: Alicia Maroto Beneyto, Martín's, Francisco M. Fernández Trujillo, Inma Rodrigo, The Crimsom Pirate, Paloma Monedero y Eva Segura por su imprescindible portada. Ojalá que podamos hacer nuevos números y que su calidad crezca de forma paralela a nuestros deseos. Para que así pueda ser, seguimos necesitando de vuestra ayuda, así que, por favor, seguid participando en la revista. Podéis enviar vuestras colaboraciones a:

despertardelosmuertos@yahoo.es

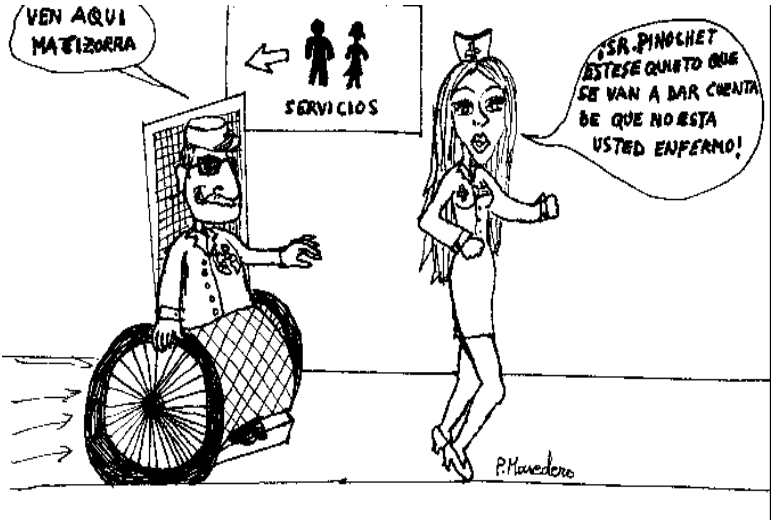
Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

DESPENSA
¡AYUDAS CONTRA EL PARO INEM!
COMA CON NOSOTROS
PRODUCTOS BELGAS
CARNE DE VACA LOCA
CALDO DE VACA LOCA
COMEDORES INEM
TOME QUE APROVECHE
GRACIAS MAJO
¡COMIDA GRATIS COMO MOLA!
TOXIC PRODUCTS
P. Manedero


VEN AQUI MATEIZORRA
SERVICIOS
¡SR. PINOCHET ESTESE QUIETO QUE SE VAN A DAR CUENTA DE QUE NO ESTA USTED ENFERMO!
P. Manedero